

◆ NOVELA  
E AMORES  
Y DESVEN:  
TVRAS ◆◆

COMPUESTA POR  
RAMON A. VRBANO

MADRID  
MCMXI



venerar y defender

En mi casa es tradición

a Tu Pura Concepción

Ex Libris  
José Luis Estrada

I.64

B/40

NOVELA  
DE  
AMORES Y DESVENTURAS



---

Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que determina la ley.

---

---

MÁLAGA.— TIP. EL PROGRESO

A mi querido amigo

**Pepe Luis de Torres,**

Diputado á Córtes por Algeciras.

Homenaje de cariño.

*EL AUTOR.*



## JORNADA PRIMERA



# NOVELA DE AMORES Y DESVENTURAS

---

## I

Atardecía: un resplandor rojizo arrebolaba el horizonte, en donde fingían extrañas figuras de monstruos bermejos las nubes carminosas. La brisa autumnal envolvía con su hálito fresco á la tierra; y por los vanos de los edificios transparentábase ya la luz de velones y lucernas, como en las calles tortuosas comenzaban á brillar los titilantes reflejos de las votivas luces, pendientes de las palometas de hierro, ante las hornacinas clásicas.

La calleja típica y medrosa que aparece en toda comedia de capa y espada, cuan

do el telón sube, es la que, al comienzo de esta verídica historia de amores y desventuras, se nos presenta con sus altos muros salpicados de musgo y de hiedra; con sus ventanas de robustas, artísticas rejas; con su arcada que limita y corta en el fondo el paralelismo de los edificios, que corren á los lados izquierdo y derecho. Pero aquellas líneas de palacios ó de castillos ruinosos y oscuros, vestidos de sillares almohadillados, planos ó desunidos, no son, en realidad, paralelas desde el principio al cabo de la calle; puesto que la acera correspondiente al lado occidental, dóblase en esquina, casi al centro; y deja ver en su paño de muro fronterizo una gran ventana con reja de hierro dulce, que resalta hacia afuera, y que, por su extremo superior, remata en caprichosa trabazón, coronada por la cruz, que es guardia y custodia, sello y divisa de la antigua casa cristiana.

A la derecha, ó en la parte oriental, ex-

tiéndose una larga muralla, sobre la cual descúbrese una puertecilla tosca y pequeña: salida falsa de algún caserón, por donde no cabe ni una estrecha silla de manos; y, algo más allá, figura un nicho, cuyo centro es semicircular, cerrado por una vidriera que empaña el vaho de la tarde de otoño. Un farolillo, que aún se balancea como péndulo, por la reciente faena que en él ha ejecutado la mano devota que aplicó la mecha al pabilo, ilumina la triste, flamenca escultura de san Roque: efigie de cabellos dorados y arreboladas mejillas, que muestra la llaga característica al perro *compasivo*; al can afortunado que comparte con un justo el honor de los altares.

Siguiendo calle arriba, se ve el arco ligeramente ojival, que, apoyado en las paredes de una y otra acera, interrumpe las monótonas ringleras de casas; y desde que la arcada se atraviesa, estréchase la vía y desarróllase en revueltas y esquinazos;

no sin que los muros dejen de mostrar portillos y miradores de oriental reminiscencia, como también algún crucifijo que desangra con derroche de bermellón y que se nos figura abrumado por los milagros que tienden á cubrirle, más que á prestarle tributo de gracias.

El pavimento, por que todo es típico en esta vía solitaria y obscura, tiene visos de carretera, que no de calle; y verdeguea por algunos de sus lados el musgo, que denota el abandono en que los transeuntes dejan á tal arteria medrosa.

Un hálito de leyenda; un medioambiente de tradición; un sello puramente romántico invade el callejón melancólico, si cabe la melancolía en las cosas; y cuando la mirada retrospectiva solázase en su recuerdo, sueña el pensamiento con el abrir de una ventana, á cuyo pié entonó un caballero la trova de amor, ó con el metálico ruido de las espadas, que se ciñeron

buscando ávidamente el corazón de sus esgrimidores.

Anochece: el arrebol del crepúsculo va fundiéndose, en la paleta de los cielos, con el color nocturno que todo lo vela, llenando de incertidumbre las líneas y los tonos; y, á lo lejos, brilla como estrella que se agranda y que corre á nuestro encuentro, la linterna que precede á la canallesca ronda de alguaciles.



## II

Una dama de agraciado rostro y una señora mayor, que la guarda, penetran con paso fugitivo en la calleja, por el extremo que linda con el observador. Pretenden subir calle arriba, pero se detienen un punto. La dama del agraciado rostro, vuelve éste, recelosa, hacia los lugares que va abandonando á su espalda.

—Paréceme que hemos desorientado al caballero.

—Bueno será ello, hija mía; pero detener el paso agora, es deshacer la hacienda. Sigamos adelante; aunque, á tales ho-

ras, no me place andar por encrucijadas destas.

—¿Miedo tienes á tus años, Guiomar?

—Miedo de los rufianes, que han dado agora en asustar á las mujeres, quitándoles perendengues y mantos.

—No querrá Dios que sobre mis penas caigan ladrones. Confianza tén. ¿No has visto la ronda de corchetes subir por acullá?

—Lo que veo es que si no seguimos andado, ó no retrocedemos, vamos á oír las *ánimas* en la calle.

—¡Jesucristo! Sigamos, pués, adelante. Anda presto.

—Pérsígnate, niña, que san Roque es buen abogado.

—En el nombre del Padre... del Hijo...

—Ya estamos en el arco. ¡Ay mis piés!... Estos escarpines me aprietan.

—¿No quieres priesa Guiomar?

—Aguarda. Mira al bendito Señor de la Expiración. Rézale una jaculatoria; pídele por nuestro desgraciado.

—Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo...

—¡Ay!...

—¿Qué?

—¿No oyes rumor de pisadas?

—Las tuyas. «Y perdonamos nuestras deudas»...

—Nos sigue.

—Nos alcanza.

—«¡No nos dejes caer!.. »

—Ya se acerca, Guiomar.

—¡Caemos!

—¡Amén, Jesús!

A este punto, brotaron del velo de la noche tres hombres de mala catadura; de suerte que el caballero presentido por la dama, convirtióse, como por arte de brujas, en la trinca de malandrines cuya presencia tanto había temido Guiomar. Bien pronto conoció la bella joven el peligro; por lo que, retrocediendo hacia la pared, que á su espalda se levantaba, exclamó con energía:

—¡Paso, caballeros!

—¡Oh, dama ilustre!—respondió uno de los bravoneles, presumiendo de cortés; destocándose el chambergo, y haciendo una profunda reverencia.—Tres hidalgos somos: Gutierrez, Arconchel y Benavides, que soy yo;—añadió el rufán, colocando su mano derecha, extremadamente abierta, sobre el pecho.

—Bieu, dejadnos;—replicó Guiomar, toda temblorosa.

—Tenemos hambre,—dijo, con hipócrita súplica, Benavides.

—¡Y sed!—añadió Gutierrez, guiñando un ojo, é imitando, con la mano derecha, la acción de empinar un vaso.

—Y priesa;—habló Arconchel, con tono desenfadado y cínico.

—¿Qué nos queréis, villanos?—preguntó la doncella, toda indignada.

—Alguna dobla que á vuecelencia sobre;—contestó Benavides repitiendo sus cómicas reverencias.

—Vamos sin blanca;—repuso Guiomar, tartamudeando, por efecto del pavor que sentía.

—No se rinde la plaza;—dijo Arconchel.

—¡Tomémosla!

—¡Socorro!;—gritó la niña.

—¡No arrulles, palomica!—dijo Benavides, cogiendo por el manto á la angelical damisela.

Y en esto, se oyó, por un extremo de la calle, ruido de pasos; y la joven, sacando fuerzas de su flaqueza, exclamó, con voz angustiada:

—¿No hay quien nos valga?

—¡Valednos!...—gritó Guiomar.

Los tres forajidos, que ya habían puesto mano en la obra de desbalijar á las damas, temieron un poco; pero repusieronse al momento, viendo llegar á un solo valedor.

—Es uno solo;—dijo Arconchel.

—¡Canallas!—rugió el recién llegado, á tiempo que desenvainaba la tizona y la

daga.—¡Quien toque á tales damas, morirá aquí mesmo!

Guiomar y su linda acompañante, acudieron al caballero y se colocaron á su espalda, más muertas que vivas.

—Veamos;—dijo Gutiérrez, sacando su bengala.

En cuanto á Benavides y Arconchel, dieron al aire sus mellados puñales toledanos, y colocáronse en guardia, á lo rufian.

Un silbo cercano llegó á los oídos. Era de Buendía, el escudero, que avisaba á su señor, diciéndole de tal modo:—«¿Por dónde vas, mi amo? Te he perdido; oriéntame.»

—¡Buendía!—gritó imperiosamente el caballero, sin quitar ojos de sus enemigos, tanto cuanto se lo permitía la débil claridad del farolillo que pendía delante del Cristo sangriento. Y Buendía apareció; y, percatándose del peligro, desenvainó su largo y pesado acero, colocándose al

lado de su señor, el conde de Robáyna.

—¡Esto es otra cosa!;—dijo Arconchel, experimentando un desasosiego muy parecido al pánico.

El conde, cuya sangre impetuosa no consentía, en casos tales, una larga espera, por que á su temperamento placía más tomar la ofensiva que estudiar la defensa, lanzóse sobre los rufianes, repartiendo cintarazos; en cuya operación le ayudó no poco, imitándole, el señor Buendía. Oyéronse algunos pesiatales y algunas quejas; y, de seguida, tomó la trinca de ladrones el camino salvador, huyendo vergonzosamente calle arriba, y llevando no pocos recuerdos de las espadas del amo y del criado.



### III

Todo fué huir los atrevidos amantes de lo ajeno, y serenarse las asaltadas señoras. La más vieja lanzó un suspiro, como descargando con él su miedo; y la joven dijo estas palabras:

—Caballero, quien quier que seáis; contad con la buena memoria mía y con mi gratitud, que solo acabará cuando mi vida acabe.

—¡Buona está la corte, scor hidalgo!;—añadió Guiomar.

Y el conde, que fijaba sus ojos, con ahinco, en la bella niña, respondió:

—Gracias doy yo, señoras, á mi ventu-

ra, que me trujo al extremo de prestar valimiento con mi espada á damas que lo habían de menester. Pero la corte, señora,—agregó, dirigiéndose á Guiomar,—fué siempre por las noches tapadera destos desafueros; protectora de la canalla que roba y que asesina; por lo que no deben damas, salir sin rodrigón á deshora.

—Sin escolta, diréis;—contestó, soriente, la sugestiva, celestial criatura.

—Así es la verdad;—repuso el conde á tiempo que se solazaba con la sonrisa angelical de su interlocutora. Y agregó:—Permitid, señora, que yo y mi escudero formemos esa escolta que decís, al lado de vos y de vuestra deuda ó acompañante; para que así llegades sin temor á vuestra posada.

—¡Qué me place!—respondió la joven;—mas creed, buen caballero, que me apena el trabajo que hais sufrido y el que vais agora á llevar por nosotras. Gracias os doy.

—Darlas yo debiera; pues me permite aqúeste caso la ventura de escuchar á un ángel en la tierra.

—¡Lisonjero es el señor! Mas no soy ángel; que si lo fuese, haría los milagros que yo me só.

Ya en esto, pusiéronse en marcha, calle arriba, yendo delante la amable doncella con el conde, y, detrás, Guiomar con el escudero; y algunos minutos más tarde, cuando la calle de San Roque y del Cristo quedó á solas, penetró por ella, recorriéndola de cabo á rabo, la ronda de alguaciles, cuyo corchete mayor decía, más tarde, al dar cuenta de su gestión en la casa del corregidor de la villa:

—Ni esto, excelencia;—(mordiéndose la uña del pulgar.)



#### IV

La estancia era cuadrada, alta de artesano y grande y luminosa, no obstante el tono terroso de sus paredes y el rojo de sus damascos. Diversos tapices, de Arras, en que desarrollábanse escenas de la antigua vida helénica; y cuadros representativos de sagradas imágenes, cubrían parte de los muros; y en la pared principal alzabase un grandioso retrato de Felipe II, pintado al óleo con entonaciones y líneas análogas al clásico cuadro de Pantoja, obra de arte legada al joven conde de Robáyna por su abuelo, que vivió en la corte de

aquel rey taciturno y le profesó adoración, más que respeto.

Un tapiz de Holanda cubría los ladrillos del pavimento; ladrillos entrelazados con cuadrillos de azulejos, en que se veían esmaltados, alternativamente, ora un león ó un jarro de azucenas, representados con el tosco dibujo y el metálico color de la cerámica antigua.

En dos de los ángulos de aquella pieza, brillaban dos armaduras de pulido acero. Una de ellas, era preciosa prenda de ataurjía y pregonaba su arábica procedencia; la otra, de severo aspecto castellano, presentaba en la artística cimera de su casco un grifo alado, cuya contorsión se amoldaba á la curva del yelmo; no siendo vestimenta de batalla, sino adorno de justa.

En el centro de la pared, que daba frente al muro principal, adonde existían los vanos de las ventanas, destacábase un amplio vargueño mudéjar, cuya tapa caída

dejaba al descubierto numerosos cajoncillos de nogal de Persia, incrustados en marfil y plata y adornados de alguna que otra leyenda koránica, escrita en caracteres cúficos, cuyas letras alababan, seguramente, al dios de la leyenda musulmana. A derecha é izquierda de este rico mueble, que publicaba, con su apariencia bellísima, la influencia industrial de los árabes, sostenida entre nosotros á través de la épica reconquista, lucían dos cuadros conteniendo otros tantos escudos de armas, que podían fundirse en uno, cuartelado en dos, por ser entrambos provenientes de las líneas paterna y materna del ilustre conde.

Junto al vidrio del balcón principal; arrellanado melancólicamente en un lindo asiento de vaqueta, penachado con corona condal; alzados los piés sobre un escabel de roble, y con la mano derecha apoyada en la mejilla y el codo en el brazo del sitial, veíase al joven don Rodrigo de

Almaráz, conde de Robáyna. Su mirada fijábase en el punto incognoscible, que sólo columbra el anhelo de las almas; sus labios forjaban, á veces, sonrisas preñadas de amargura; severas muécas; suspiros hondos; como quien, entablando una lucha interna, transmite al mundo exterior los síntomas de tales batallas del pensamiento y del espíritu. Frisaba el conde con los veinte y seis años, y tenía rizado el bigoto hacia arriba y la moseca un tanto puntia-guda, desde el labio inferior hasta la barba. Su gola, recta por delante y redonda por detrás, era blanca y fuerte; su cabellera negra, ondulante y brilladora; su co-pete, casi triangular por arriba; pero sin vértice agudo, sino con curvo remate. Vestía, Rodrigo, ropilla y calzón negros, de terciopelo, con cuchillos de tafetán de igual color. Sus mangas concluían en vuelillos de finísimo encaje de Anjon, y sus medias negras eran de seda, y de paño sus escarpines á los que ornaban, sobre el

tarso, grandes escarapelas con broches de plata y diamantes.

De propósito hemos dejado los ojos del condesito para describillos en párrafo aparte: tales ojos eran rasgados, de radiantes pupilas, como gruesas cuentas de azabache. Tenían por parasol estos ojos, cuatro encajes de pestañas ricas y luengas; y, para que todo fuese relativo á las bellezas oculares descritas, veíanse las órbitas ligeramente sombreadas por el difumino de la artista madre; de la Naturaleza sábia, que prepara los modelos y forma el arquetipo de las cosas.

En el momento en que el aspecto de Rodrigo revelaba nostálgias inexplicables, levantóse un tapíz y apareció un page en la estancia.

—Señor; —dijo, tímidamente, el mancebo.

Pero como el conde no volviera de aquella abstracción, que sueño parecía, repitió el servidor la palabra:

—Señor; es llegado un caballero.

Rodrigo levantó los ojos; y, fijándolos apenas en su criado, exclamó:

—¡Algún importuno!

—No, mi señor;—atrevióse á rectificar el paje;—es, si no me engaño, el mejor camarada de vuesa merced.

—¿Quién dices? Acaba.

—Don Luciano.

—¡Qué me place!;—exclamó el conde, levantándose del sillón.—¿Y le detienes, babeiaca? Hazle entrar ó te azoto.

El page no había podido oír la amenaza, porque había ya desaparecido en busca del visitante. Y éste, entrando confiadamente en la pieza, saludó á Rodrigo del modo que se verá:

—¡Oh, bien hallado amigo!... ¿Agora dormitabas?

—No, sino cedia á la nostalgia y el cansancio; pero estos rufianes que me sirven...

—Dijéronme que estabas de humor de diablos y que agora hacías la siesta.

—¿Quién duerme, cuando velan sus pensamientos?

\* \* \*

El bien llegado, era tan joven y galán como Rodrigo: también tenía cabellera negra, alto copete y mostacho enhiesto, aunque de vellos sutiles. Vestía chambergo carmesí y ferreruelo del color de los rubíes. Ceñía guanteletes de ante y cubría-se la cabeza con un sombrero, en cuyas alas se desbordaba una pluma negra, sujeta por un broche de rica filigrana. De su talabarte pendía una tizona con amplia y calada cazoleta, de la que surgían largos y gruesos gavilanes de acero. Un rico joyel, pendiente de barbada cadena de oro, colgaba de su cuello. Luciano, que así se llamaba el joven caballero, sacó del tahalí la espada y, con el sombrero, entrególa al paje, que, tras él, había penetrado respetuosamente en la estancia. De segui-

da tomó asiento frente al conde, y siguió el diálogo, entre los dos excelentes amigos, como se verá.

—Seis días ha, buen Rodrigo, que no pareces por lugar alguno; y desto saco yo en conclusión, que tienes malatías ó amores.

—No, sino aburrimiento y dolor de cabeza;—contestó Robáyna, sonriendo.

Entonces le miró con fijeza su interlocutor, y dijo, después de una páusa:

—¡Válame Dios! Paréceme que no hay la debida llaneza en aquesto que dices, Rodrigo; pues yo te conozco el interior tan bien como sabes; y la color que agora te sube al rostro, y que no es sino remordimientos de darme engaños, dícame que escondes en lo profundo del secreto un algo que me importa.

Medió otra pausa; y, al cabo de ella, habló el condesito:

—Perdona, Luciano, que haya, por un momento, querido guardar la causa de

mis desazones; y allá va monda y lironda, para que tú me des el oportuno consejo y la ayuda que tanto he menester.

—Apuesto á que son damas las que te traen esa lastimosa suerte. ¿Acaso la viudita Laura?... Quizás la marquesita Angélica... ¿No? Entonces, ya acierto; es Belisa, la sin par y graciosa muchachuela, que cuando parla ríe y que riyendo canta. Ayer la dí el agua bendita en san Felipe y se alzó un tantico el manto para que gozara yo de sus ojos dilatados y bellos.

—Ni Belisa, ni Angélica, ni Laura. Oye, puesto que tu voluntad es oír mi cuento, y dime, luego, si hubo mortal puesto en mayor incertidumbre que la mía.

—Ya me interesa tu historia;—dijo Luciano, preparándose á escuchar la narración.

—Vagaba yo, ha seis dias, ó, por mejor decir, seis noches, por las calles desta villa con mi escudero, cuando, al doblar la esquina de un monasterio, tropecé

con dos damas, según dejome ver la ténue claridad que lanzaba la luna en su manguante. A punto que cerca de mí pasaban, aspiré un delicioso perfume de flores y oí una á modo de música de los cielos; por que no parecía voz humana, sino divina, la que habló así: «Guiomar, ¿nos habemos perdido acaso?» Entonces yo quise ponerme al servicio de aquellas señoras, y, á tiempo que me acercaba, huyeron presurosamente. Suspenso quedé yo un punto, sin decidir el seguimiento de mis desconocidas ó el desprecio de aquella aventura, cuando la voluntad no fué parte á que huyese, puesto que me dijo: «Sigue»; y, entonces, busqué inútilmente el rastro. Tres encrucijadas había juntas: ¿por cuál dellas penetraron mis desdeñosas? Encargué á mi escudero la persecución por una vía, mientras yo decidíame á penetrar por la inmediata; pero, no hallando á mis perseguidas, aventuréme, al fin, por la calleja del Cristo y, en ella, ¡oh inesperada fortu-

na!, dí con mis fugitivas; ¡pero en qué apuro! Tres hurtadores las cercaban y ponían mano en ellas, cobardemente, cuando la voz angelical que yo había oído, clamaba socorro. Llegué, con la bengala y la daga en las manos; acosé á los malhechores, y huyendo aquestos, y libres y sin pavor las damas, dió fin aquella inesperada ocasión.

—¿Pero ni una cuchillada?..—Preguntó impaciente, Luciano.

Sonrió, con dignidad, el conde y respondió:

—No era momento de asesinar á villanos indefensos, pero sí de castigalles; y les castigué.

—¡Vive Dios! Ensartados en mi tizona les hubiera yo paseado por la corte.

—No hay carne donde clavar el acero, cuando la carne huye.

—Así es la verdad. Mas prosigue tu cuento, pues tu melancolía de antes me muestra que algo más hubo.

—Hubo que, en fin, consintió la dama mi compañía; y que entrambos seguimos calle adelante, llevando en pos á la dueña, y á mi criado Buendía.

—¿Y te habló?...

—Con aquella voz dulcísima, que hace de las palabras una música regalada y ténue. Y me miró con ojos de gratitud y me prendió el alma en la red invisible de sus hechizos.

—¡Válame Dios y cuán herido tienes el pecho!

—Con herida cruel, que solo puede sanar el bálsamo de su amor.

—¿Pero ella?..

—Ella... Escucha, Luciano: no bien salimos á otra calle más espaciosa, díjome la bella: «De aquí no consentiré que paseis, oh noble y valeroso caballero, puesto que tanta incomodidad y agravio habéis sufrido por mí, ya que es ido el peligro; y como nuestro albergue no está lejano, aquí concluye vuestra hidalga comisión.»

Aquestas palabras hablólas discretamente, acompañándolas con sonrisas y miradas que yo más bien adivinaba que vía, por la incierta luz de la noche; mas como yo insistiese en proseguir hacia adelante, detuvo su marcha la discreta hermosa y añadió este discurso, usando en él una entonación solemne y persuasiva: «Respetad, buen caballero, el extremo de rigor que uso, no con vos, sino conmigo misma, privándome de vuestra hidalga y venturosa compañía; pero así conviene á mi condición y desventura; y habéis de jurarme, bajo vuestra fe de caballero principal, cuya alcurnia se os conoce, que no osareis seguirme aunque yo camine de espacio; y que si me viéades alguna otra vez, no hareis intento de hablarme palabra alguna, ni de preguntar por mi nombre y circunstancias; hasta que Dios sea servido de consentirme aquesta merced».

—¡Extraño es el caso!—exclamó Luciano.

—Es más extraño aún, por vida mía,

que la incógnita me tendiese su mano, entonces, diciéndome: «¿Jurais, caballero?» Y que añadiese: «Yo, por mi parte, os prometo, ya que habedes manifestado el regocijo con que quisiérades afianzar nuestra amistad y conocimiento, que os daré nuevas de mí en ocasión alguna; pero vos me prometeréis de no buscarme ni seguirme agora, en lo que padecería el conceto que de vuestra hidalguía he formado». Entonces juré; mas ¡qué juré, cielos! Ella perdióse de vista, con ligero andar, y yo y mi escudero, torciendo por calle opuesta, vinimos á apartarnos para siempre della, que es para mí el símbolo de lo imposible. ¡Esta es, Luciano, la angustia en que me ves, y aqueste el sueño que acaso no podré ver realizado!

—Tu empeño paréceme curiosidad, más que amor.

—De lo uno y lo otro participa mi confusión.

—Sin embargo, tú puedes buscalla; por

que tu voto sólo alcanzaba á no seguilla en aquella noche.

—¿Y piensas, amigo, que no he lanzado mis lebreles por la corte? Todo inútil.

—Dama tal, que tú desconoces, debe de ser extraña á la villa.

—Sólo a questo me dijo: que de Valladolid venía y que aún no le eran familiares las encrucijadas de Madrid.

—Pues oye mi consejo, galán: «á paloma que huye, guardar la flecha».

—No es mío, sino della el venablo; y con él me hirió.

—¿Su nombre sabes?

—Demandéelo y me dijo toda turbada: «Mi nombre, por hoy, es a questo: Violeta».

—¡Oloroso y modesto nombre! Mas dudo que haya violetas santas en el cielo. Nombre fingido es tal nombre.

—De tu misma opinión participo: apelativo es Violeta.



Aquí llegaba el interesante diálogo, cuando se alzó rápidamente el tapiz de la entrada y apareció Buendía, el escudero. Era flaco y larguilucho; usaba guedejas, y hablaba por siete.

—Perdón, mi señor.

—¿Qué buscas?—preguntó el de Robáy-na á su criado.

—Pues... ahí es nada; que...—Y miró á don Luciano significativamente.

—¿Estorbo?—interrogó el visitante.

—Dí lo que fuere, bellaco, ¿no sabes que don Luciano y yo somos uno mismo?

Buendía, que tenía las palabras sujetas, como el torrente cuando le contiene la presa, luego que oyó el permiso, dejó correr así el ímpetu de sus palabras:

—¡Albricias quiero, señor! Y sépase que con veinte escudos no me contento; por que los mensajes son, como de quien vienen y de quien los trae. Y si es quien los recibe del porte y galanura de vuestra merced, cádate que es poco un doblón; y hasta un cintillo de jacinthos y diamantes.

—Si sigues desta guisa, majadero, te cuelgo en la torre. Ahorra palabras vanas, ó ¡vive Dios!...

—No hay por qué enfadarse, mi dueño: «á mi me lo dán, yo te lo entrego».

—Pero ¿qué cosa te dieron, villano?

—Vamos de espacio, señor, que la cántara no suelta el mosto sino á borbotones.

—Tu escudero está ébrio;—dijo, riendo, Luciano.

—No hay tal aloque, con perdón.

—Ahora verás cuál se refresca este

truhán;—contestó Rodrigo, acompañando á estas palabras la acción de levantarse. Y cogiendo á Buendia por una oreja y atrayéndole con un buen tirón del cartílagó, prosiguió:

—Habla de una vez, bobo insolente.

—A tan dulce invitación no hay lengua ociosa;—repuso el escudero.—Pero será mejor que vuestra merced me deje la orejilla, porque... ¡ay, ay, ay!...

—¡Habla presto!

—Ya principio: y dije, que iba yo, ó mejor dicho, venía;... aunque el ir y el venir todo es uno.

—¡Bobo!

—¡Estulto!...

—Cuando siento un golpe en las espaldas; párome, vuelvo el cuerpo y veo, entonces, á un rapazuelo muy puesto de manga perdida y sombrero de ala gacha, que platica desta manera: «¿Es voacé, por acaso, el escudero de su excelencia el conde?» «Según el condado;» le respondo.

«Desto depende la confusión mía;» dice el mozalbete. «¿De qué?» «¡Ahí es nada! De que he olvidado el mote.» «Ello no importa;» digo al mancebo (que tenía trazas de paje), «puesto que escudero soy y á un conde sirvo.» «Donosa es la respuesta;» me dice el doncel, riendo. Yo, entonces, á punto de amostazarme, digo: «Pues no seas flaco de memoria, y suelta el condado.»

—¡Pero, Lucifer!—exclamó Rodrigo, en el colmo de la impaciencia.—¡Nada de aquesto hace al caso! ¡Por Dios vivo que acabes, ó acabo yo con tu vida!

—Ya estoy en lo del pliego.

—¿Qué pliego?

—Aqueste, que, sin otras palabras, sacó el mozalbete del seno, como yo lo saco agora del mío, diciéndome: «Tomad y entregallo á vuestro dueño, sin romper el sello, que es de cera virgen». Y apenas hube atrapado el papel, huyó calle abajo el mensajero, con tanta priesa, que ni con los ojos era dado alcanzalle.

Rodrigo, que se había levantado y asido el papel, desplegó la carta, con mucho contentamiento de Luciano, y comenzó la lectura, que era de este tenor: «Pídoos perdón, caballero don Rodrigo, por haber retardado tanto estas letras; ánsia tenía yo de dirijillas á vuesamerced; más que por obligación de la gratitud, por requerimientos de la amistad; que puesto que un hora basta, en efeto, para afianzar lazos de cariño, yo os digo que en espacio más corto lográsteis vos echar nudos en aquestos lazos, sin poder ser yo parte á rompellos.

«El jueves, á la hora de vísperas, os vieron por la calle del Príncipe; ibais preocupado y con la color un tantico pálida; mas ello no fué parte á que dejárades de admirar con empeño y regocijo á una discreta hermosura, que bajó de su carroza y entró en la tienda de alojas de maese Prudencio.

«Quedad á Dios, y no olvidéis á vuestra infortunada, Violeta.»

—Bien veo, Rodrigo, que prendaste á la incógnita; pues de sus letras se saca un amor contenido por la honestidad, y, sin embargo, expresado con discretas formas. Mas... ¿por qué esconde tu dama su condición y nombre? ¿De qué su infortunio nace?

—Todo ello misterio y curiosidad respira.

—Acaso su estirpe y circunstancias son misteriosas también.

—¿Qué dices?—preguntó, con visible exaltación, el conde.—¿Es dado poner en tela de juicio la pureza de su linaje, cuando la escritura que has oído, y las palabras, que aún me suenan en el corazón, publican la primacia de su cuna? ¡Oh! No daré en sospecha semejante: hija de hidalgos es mi triste Violeta, y digna su progenie de la mía.

—Así lo quiera Dios; pero de su empeño en guardar el incógnito, nada venturoso nace para su opinión.

—Sí nace: la idea de su recato; y, tal vez, la del peligro que le aqueja. ¿Quién dice, sino que esta dama teme, cuando ruega que no le vean cortejos? Acaso un tutor malsín ó una madrastra cruel...

—¡Cómo penetra el deseo en lo desconocido, y á qué inventos y suposiciones se aventura!

—¿Mas dudas tú...?

—No, en verdad; lo verisímil no es mucho que acaezca.



## VI

Cuenta el coronista, de quien esta relación aprendimos, que pasaron en blanco cuatro días, desde que el conde de Robáyna recibiera la carta de Violeta, sin que tuviese de ésta ninguna otra noticia. Y añade, que el tal Rodrigo comenzó á desesperanzarse y á cometer verdaderas extravagancias, que parecían vena de locura; puesto que, á todas horas, salía sin rumbo á la calle, por la ilusión de tropezar algún encuentro relacionado con su dama; y volvía de vez en vez á su casa solariega, demandando á los criados si tenían para él algún pliego secreto.

Buendía acompañaba, á las veces, á su señor; pero más iba solo, por mandato de éste, á fin de que pudiese entregarle carta cualquier enviado de Violeta; con lo que el truhán escudero solía dirigirse, libre de obligación, al célebre *Mentidero*, donde se metía entre los histriones y cantores de jácaras, que allí concurrían diariamente para celebrar sus tratos y criticar á sus compañeros de arte teatral. Gustaba Buendía, no poco, del oficio de comediante, pues se parecía por la farándula; y al *Mentidero* dirigíase aquella vez, cuando una mujer tapada, que iba pasando por cerca de él, en la calle del León, tiró al suelo una esquila y prosiguió su marcha impasible y moderadamente. Inclínose el criado y recojió el pliego, pensando que su caída fuese obra del acaso; por lo que siguió á la tapada, diciéndole: «Tomad, señora, un escrito que se os ha escurrido al suelo.» Pero la interpelada apresuró el paso, sin decir palabra, y Buendía, dando-

se una palmada en la frente, exclamó: «Rocín y más que rocín, ¿pues no has comprendido que aqueste billete es escritura de la fantasma que tiene sorbido el caletre á tu amo? ¿Hay tal bobo?...»

Así que murmuró estas palabras, guardóse el papel entre el pecho y la ropa, y pensó que, por mucha prisa que tuviese el conde en recibir nuevas de su desconocida, más tenía él en charlar con un sobrino de Juan Rana, que era *ahuecador* en la cazuela del Príncipe. Allá se fué y no tornó á la vivienda de su amo hasta muy entrada la noche, bien seguro de su impunidad, con el presente que llevaba á su señor; quien, si en un principio podía irritarse, calmaríase luego tomando la epístola y leyendo su contexto. Pero la suerte combinó las cosas de tal manera, que al pobre Buendía le salieron contrarios los dados; según verá quien siga adelante.

El conde cenaba: dando fin á un exqui-

sito capón le halló el escudero, sobre quien llovió una granizada de pésies y regaños. Todo lo oyó Buendía internamente satisfecho. «¡Cómo han de cambiar, —pensaba,— ese furor y ese gesto!»

—¿Desta suerte satisfaces mi vehemencia, bellaco?... ¿A tales horas vuelves, truhán? He de mandarte desollar; villano.

Sonrió el escudero y contestó:

—Señor; yo bien sé emplear el tiempo en utilidad de mi amo; y, según dice el refrán: «quien mucho busca, algo encuentra».

—Dí qué cosa hallaste.

—Hallé una tapada que me dió aqueste billete.

—¡Oh!...

¡ Buendía, con sonrisa triunfante, introdujo su mano en el interior del colete y buscó, en vano, el papel que guardara. ¡Empeño inútil! La misiva cayóse, no se supo dónde ni cuándo; y el confiado escudero, aterrado por el castigo que prevía,

rindióse de hinojos delante de don Rodrigo; lo que no fué parte á que éste le perdonara; pues cuando pensaba que el criado había tratado de engañarle con la invención de la carta, sentía verdaderos impulsos de ira; y cuando creía que la carta pudo existir y en verdad extraviarse, más su cólera se redoblaba. Como antes habían llovido palabrotas sobre Buendía, ahora llovieron pescozones; y así desahogó el condesito su furor y así pagó el escudero su negligencia.



## VII

«Violeta hermosa: Escriboos estas letras, despues de largos días en que no tengo nuevas de vos. Vuestra última carta me la interceptó el azar, permitiendo que mi escudero la extraviase sin saber cómo; y yo, agora, con esta mal tajada péñola, os quiero comunicar mi pensamiento, sin fiar en que el papel podrá llegar á vos. ¿Hay mayor desventura? A vos no me liga tan solo, con ser fuerte, la inclinación del amor; me liga asimesmo el afán de conocer, para ponelle coto, el motivo de la melancolía vuestra. De infortunios y

de dolor me hablásteis; mas ¿no sereis servida de que pueda conocellos? Pensad, que mi corazón es leal; que mis impulsos vienen de sangre hidalga, y que mi amor es vuestro. Yo era, hasta de presente, el caballero castellano que tenía incompleta la trinidad de todo hidalgo español: había á mi Dios y á mi honor, pero no hallaba á mi dama, por que vos me faltábais. Descubríos presto, si tal mereciere; y á Dios quedad. Vuestro rendido caballero: don Rodrigo de Almaráz, Conde de Robáyana.»

Así que repasó este escrito, le puso las comas y los puntos, enderezó alguna que otra letra y plegó la hoja, asegurando los dobleces con su sello, dió el conde una palmada y lanzó un hola imperativo. Entró en el cuarto Buendía, que desde la última riña de su señor estaba triste y receloso; y dijo el conde:

—Ora puedes cambiar mi rencor en complacencia, haciendo de modo como

esta carta quede en manos de la dama que aquella noche valimos.

— Eso y más haré yo por desenojaros, señor. Mas dígame vuesa merced el nombre de la tal señora y el sitio de su palacio, para que me encamine en el tiempo de un *Ave Maria* á entregalle el billete.

— ¿Pues no te lo dijera si lo supiese, rocin? Esa es la obra que de tí aguardo, para absolvérte de tus descuidos: que hagas de manera como la encuentres, pues la villa no es tan grande.

Rascóse Buendía la coronilla y contestó:

— ¡Ay, mi amo! Temo no dar con la casa, ni menos con la dueña, como no lleve pregonos.

A lo que, sofocado, Rodrigo arguyó:

— ¡Escudero de mala ralea! ¡Bobo sin seso! ¡Truhán de la hampa más deleznable! Pusiérante en cualquier agujero una escudilla de Arganda, y tú la sacaras por el olor, á cien leguas. ¡Largo de mi vista!

¡Este es el pliego, y la salida aquélla!  
¡Cumple mi mandato, ó muere!

—¡Jesucristol—salió diciendo Buendía.  
—¡Donosa comisión es ésta!... ¡Y cómo des-  
empeñalla!... ¡Digan agora los del refrán:  
«oficio quedo, el de escudero!»

Murmurando estas y otras palabras,  
abandonó Buendía la casa solariega y  
echóse en brazos del acaso; mirando, á  
cuantas damas veía, con impertinente fije-  
za, lo que le valió algún que otro remo-  
quete.

Por la plaza de los Donados iba, cuando  
fijóse en un mancebo que llevaba angarina  
de manga perdida y sombrero apuntado  
sin pluma. «¡Cátate el paje!»; exclamó  
Buendía, entre dientes; y acercándose al  
muchachuelo, púsole una mano en el hom-  
bro y díjole:

—San Lorenzo el de las parrillas, mi  
patrón, te ha traído; paje de mis ánsias.

—¿Qué es ello?—respondió, todo corri-  
do, el mozalbete.

—¿No fuiste tú quien me dió la carta para el señor conde mi amo?...

—¿Qué carta y qué conde mentais, seor caballero?—preguntó, turbado y hosco, el sirviente.

—De la carta de tu señora para mi amo.

—¡Miren el atrevido!... Mi señora no sabe escribir letra; y mal pudo dárme las para condes ni duques.

Comprendiendo, entonces, Buendía que había padecido error, dijo:

—Me confundí, á la verdad; y veo que tú no eres el paje.

—¿Pues cómo se confundió vuesa merced?

—Por la manga perdida.

Entonces el paje dióse á correr; y, ya lejos, cogió un guijarro de la calle y se lo arrojó á Buendía, con esta exclamación:

—¡Vaya noramala el borracho!... ¡Eh, eh!... ¡El borracho!...

—Estas y otras cosas peores te aquejarán, Lorenzo;—se dijo á sí propio el escu-

dero,—por mor de la locura de tu amo! ¿Y qué partido tomar ahora? Mis grandes pecados son parte, sin duda, á que yo no pueda cumplir lo que me cometieron. Saludable sería encomendarse á algun santo; de los que hay taumaturgos. ¿Y qué santo, si las dueñas los tienen aburridos de pedilletes?...

Pensando en sus propósitos místicos, bajó la plaza y cruzó calles y más calles hasta dar con el templo de los carmelitas descalzos, en el cual penetró con gran reverencia, ganoso de obtener, por conducto de la oración, la guía de los cielos.

## VIII

Entretanto, Rodrigo cavilaba y daba aumento á su inclinación por la desconocida, pensando en ella, comentando sus gracias, reproduciendo en su memoria imaginativa la interesante figura de la doncella; doliéndose de sus cuitas, apenas declaradas, é intrigándose más y más en el laberinto de su misterio. Es cierto que la voluntad es el más grande incentivo del amor; y que el afán de representarse todo enamorado, dentro de sí mismo, á su amada llena de perfecciones y de encantos, ora se los suponga ó ya se los mire con cris-

tales de aumento, afianza no poco la imagen adorada en el pensamiento y en el corazón. Por ello amaba Rodrigo, cada hora más, á su Violeta; porque si le habló en una sola ocasión real, representósele, en cambio, muchas otras en el espejo del recuerdo y allí la admiró, y platicó con ella palabras inauditas, y ensoñó que Violeta hacía juramentos; acabando por amar fina y briosamente á su desconocida, cuyas noticias le eran tan caras.

Aquella fijeza de su enamorado pensamiento, hízole poeta. Repantigóse en un sillón; puso los codos sobre el bufete; miró al cielo, que es mirar á las musas, y, tomando un cálamo y un pliego, escribió de corrido:

### SONETO

---

Yo he visto tras la nube de un mantelo  
fulgurar unos ojos virginales;  
doble sol escondido entre cendales;  
que el manto es nube para aqueste cielo.

Mi sér, cual ave, suspendió su vuelo  
al cruzar las regiones siderales,  
mirando aquella luz, sol de mis males  
que deslumbrado me abatió en el suelo.

    Más que el sol quema el fuego de unos ojos:  
aquél, en su occidente de escarlata,  
si finje incendios, su calor limita.

    Mas tus ojos, calcinan sin ser rojos;  
y su llama de amores que me mata,  
es fuego que también me resucita.

No quiso el condesito, aguardar sentado con su musa, la vuelta del escudero; su impaciencia era como acicate que le obligaba á ambular por calles y plazas, anhelando un encuentro que le pusiese en buen camino de realizar su peregrino ensueño de amores. Y á la calle se lanzó, con la gorguera almidonada, el traje esplendente, el ferreruelo al desgáire, la pluma al viento y la tizona al cinto. Iba el buen Rodrigo, pálido de color, triste de ojos y distraído de maneras. Miraba á las damas, que no á los caballeros; y en algunas de ellas, cuyas líneas coincidían con las de Violeta, para-

ba la atención de modo que parecía impertinente, pero que, en puridad, obedecía al estado de alma del hidalgo enamorado. Ya entraba por la calle Mayor, donde circulaban muchedumbre de astrosos pedigüenos; turba de caballeros nobles, amantes de lucir las riquezas y donaires de sus chambergos; carrozas anchas y de alzado estribo, donde los próceres y las damas, pegando al vidrio su rostro, fignaban al paso; dueñas quintañonas que murmuraban de la prisa de sus señoras, ó del empellón de los paseantes; corchetes flacos, de espada tarda y mano pronta; damiselas, de acampanado guarda-infante y de cotilla estrecha y puntiaguda, que tiraban atrás el manto, como al desgáire, por lucir la rizada pluma y las colonias bellas de su tocado; hampones con rostros llenos de chirlos y faltriqueras vacías de maravedises. Y todo mirábalo apenas el conde; pues sólo fijaba sus pupilas en los puntos que interesaban á su pro-

pósito; y, á veces, le sonreían damas de que él no se percatara; y dábanle su adios camaradas en quienes él no paró mientes.

Así llegó al extremo de la vía, cuyo concurso heterogéneo movíase, como estuación de un mar de criaturas; y al ver que, en sentido contrario, avanzaba un caballero alto, de ojos penetrantes, de cabello cano, de perilla ancha y partida; y de bigote descuidado y áspero por sus guías, detúvose el condesito un punto. El tal caballero vestía chambergo negro y usaba capotillo largo, de barragán, con ancho cuello de veludo. Debajo de esta prenda exterior, destacábase el *lagarto* de Santiago, bordado al pecho de la ropa. Los pantuflos eran de gamuza, teñida de negro, y tenían sobre el tarso una escarapola grande y bien plegada. El sombrero era negro también, y adornado con larga pluma.

Detrás del caballero iban un críado, cargado con rollos de abultadas fojas, y un alguacil con tabardo y vara. El de delante

era, sin duda, un hombre de justicia, y los que le seguían, sus servidores; el primero, daba sus pasos con majestad petulante; los otros, orgullosos de ser criados de talamo, no dejaban de imitar su parsimonia en el andar y su cuidado en el erguirse.

\* \* \*

Cuando el justicia vió cerca á don Rodrigo, varió el ceño, tornándolo de severo en plácido; y, haciendo parada, á tiempo que también se detenía el conde, estrechó las manos de éste y dijo:

—¡Cuánto há, mi buen conde, que no os veo ni os hablo!

—Cierto es que estamos tan lejos de la vista como cerca de la inclinación. ¿Vuestros achaques?...

—Dios se ha servido de mejorallos en este otoño; y aun cuando pesan sobre mí grandes cuidados y trabajosas sentencias,

hállome agora en buena salud. ¿Y vuestro padre?

—Debe de estar, según colijo, en aguas turquescas con su armada; mas supe dél nuevas gratas há dos meses.

—¡Qué me place!... Tenemos, los que servimos á nuestro rey y señor, que Dios guarde, grandes privaciones y tareas que, á la verdad, no son bien entendidas por el vulgo. Quién en la mar, quién en la campaña, quién en las ciudades, cuidando de la justicia, de la hacienda y del órden; todos empleamos la vida en la ejecución de nuestro oficio, privados, á las veces, del descanso del hogar, del aura salutífera de la patria ó del reposo apetecible del espíritu; y unos apercibidos á las borrascas del océano; otros á las heridas de las guerras; los más al contratiempo de la murmuración y de las traiciones, que son las tempestades y los mosquetazos de las ciudades, habemos de mostrar la cara alegre y el ánimo fortalecido.

—Diz,—arguyó el conde,—que ha poco habedes tenido una de aquesas tempestades que decís, cargando vuestro espíritu con la obra justiciera de sentenciar á don Rodrigo Calderón.

—En efeto: yo, y los demás jueces, le condenamos á ser *degollado por la garganta*. Pero—agregó el juzgador, severamente;—si el ánimo está desolado, la conciencia está firme y risueña. ¡Reo era de muerte, y la ley le condena!

Medió una breve pausa; y, al cabo de ella, el conde cogió las manos de su amigo el juez, y dió por terminada aquella entrevista de esta suerte:

—Id con Dios, señor don Diego, y que Él os dé largos años de vida, que emplear en el servicio de su majestad y en desagravio de la justicia mesma.

—Él os acompañe á vos, mi buen amigo el conde; y si mandárades letras á vuestro padre, acordaos de ofrecelle mis saluciones de amistad.

El uno hacia arriba, y hacia abajo el otro, pasaron luego; y una dueña, que caminaba junto á un pajecillo, mirando al erguido juez por encima de sus antiparras, habló así, muy cerca del oído de su acompañante: «Echa allá la vista; aquél es don Diego del Corral y Arellano; mírale cuán apuesto, á pesar de su lueñe mocedad; conócele rapáz; luego doncel, y ora de edad mayor; siempre fué arrogante... y, también, ¡ay!, un poco burlador y galán.»



## IX

A boca de noche llegó don Rodrigo á su casa, no sin pasar antes por la calleja del Cristo, donde, por vez primera, vió á la gentil incógnita. En aquella tortuosa vía hallaba el conde, con las dulzuras del recuerdo, el bálsamo de sus heridas de amor; que todo allí parecía hablarle de su desconocida hermosa.

En la puerta de la casa, aguardaba á su amo el escudero; quien, al verle llegar, adelantóse y dijo:

—Señor, entrad presto, que he sido hoy afortunado en lo que vuestra merced me cometió.

—¡Gracias al cielo!...—exclamó Rodrigo, penetrando de prisa en su palacio, y subiendo presuroso las escaleras.—Pero... ¿la has visto?, ¿le diste mi esquela?, ¿sabes por ventura su posada?

—Todo eso y más diré yo á vuesa merced, en cuanto hayamos entrado en su aposento;—respondió Buendía, acabando de subir en pos de su amo. Y así que penetraron ambos en la sala, continuó de esta manera el escudero, mientras el conde se desceñía los guantes, arrojaba el sombrero, desprendíase de la capeta y ponía instintivamente la tizona sobre un sillón.

—Yo, mi dueño, salí á la calle, llevando dentro de mí dos decisiones: ó hacer entrega de vuestra carta, ó ahorcarme de una higuera.

—Bien; al hecho.

—Y, en efeto, señor; yo dije para mi capote: ó vida ó muerte; y anduve calles buscando nuevas que traer... y al cabo las truje.

—¿Acabarás?...

—¡Por Dios y vuestra ánima, que no os enojéis agora; por que el final vendrá presto! Aburrido de mi desventura en no hallar lo que buscaba (y pasando por alto no pocos tropiezos que me acaecieron), dí en una iglesia.

—¡Y allí estaba!...

—¡No por cierto: allí no había sino un viejo de barba blanca muy luenga; y el tal rezaba sus devociones y besaba el suelo: debía de ser buen cristiano!

—¡Ea; ó eres horro de palabras hue-ras, ó vas á probar mis puños, que ya se crisan.

—Digo, pues, que allí no estaba la señora doña Violeta cuando yo entré; y no he mentido en ello; pero no es menos verdadero y cierto, que cuando yo salía por el cancel, entraba una dama tapada, con otra de más años, en quien reconocí á doña Guiomar.

—Entonces la tapada...

—Deje vuesa merced que le diga: por que las damas no iban solas, sino bien acompañadas por su reverencia Fray Gabriel del Espíritu Santo, prepósito ó procurador general del orden carmelita, si no mienten mis informes. Y por cierto que el buen religioso es dotísimo y ejemplar en su religión, y...

—¡Basta!; —gritó Rodrigo.—A las damas: ¿qué hablaste con ellas, qué hiciste?

—Penetró la tapada delante; y, mientras entraba en el templo y se echaba hacia atrás el manto, pude yo ver su cara de gloria; pero toda tan encarnada de sofoco y llena de lágrimas y pucheros, que era una compasión. El fraile, que iba á su derecha, decíala: «No hay sino acatar la suprema voluntad de Nuestro Señor Jesucristo...» Y ya no pude oír más, por que la dama y su merced el fraile se internaron en el templo. Pero lo que es á doña Guiomar, la prendí por un pico del manto, con lo que á poco cae al suelo; y teniéndolo

la, díjele en voz baja: «Perdón, señora.» Ella: «¿Qué me queréis vos?..» Yo: «Daros aqueste pliego para doña Violeta.» Ella: «¡En buena ocasión; cuando yo y ella tenemos traspasa el alma!» Yo: «Hablad.» Ella: «Silencio, caballero; á Dios quedad.» Y dejándome con un palmo de narices, fué en pos de su ama ó de su deuda; (que ello saber no fuéme dado.)

—¿Y el pliego?

—En sus manos se lo llevó adentro.

Don Rodrigo cayó sobre una silla y dijo, con visible preocupación:

—¡Qué podrá ser ello!... ¿Quién es Violeta? ¿Cuál su misterioso infortunio?..

Quedó largo rato imaginativo. Pensó que ya había una pista; que por boca del reverendo padre era dado, acaso, tener noticias de Violeta; pero no olvidaba la promesa que, bajo su fé de caballero, había hecho á la bella desconocida, á quien juró «que no osaría seguilla; que aun viéndola otra vez, no le dirigiría palabra,

y que no habría de preguntar por sus circunstancias, ni menos por su nombre.» Mejor será que yo no la tropiece, pues quedaríame sin acción que ejecutar. ¡Ni caminar en pos de ella; ni hablarla; ni demandar siquiera su gracia me es dado!

El escudero asistía de pié, silencioso y preocupado, á la cavilación de Almaráz; y antojábasele que de aquel recogimiento podría salir (y salió, en efecto) alguna nueva comisión que le pusiese á él en un potro, como ya, antes, habíanle puesto las otras comisiones.

—Lorenzo;—dijo, de repente, el conde. —He resuelto emplearte solamente en este oficio que atañe á mi desconocida; y, desde hoy, te subo el salario, dándote algunos maravedises más para ayuda de costas.

—¡Plegue á Dios que no le falte á vuesa merced la vida; para que así me valga por dilatados años!

—Es cierto que yo tengo palabra empe-

ñada, más por ligereza que por hidalguía, de no seguir ni buscar á Violeta; pero ¿he jurado no interesarme por sus cuitas? ¿has tú jurado no buscalla?

Buendía se rascó la cabeza, como hacía en casos tales, y pensó: «¡Con buenas sutilezas se sale mi amo de sus compromisos!» Ello no obstante, dijo lo siguiente:

—Así es la verdad, señor: y ello es más claro, que el agua del Manzanares.

—Pues tú vagarás, desde ahora mismo, por doquiera, hasta encontrar á la dama, ó á su acompañante, ó al paje que te hizo entrega de aquella misiva...

—No;—interrumpió el escudero;—no quiero cuentas con pajes, que son de rufianesco proceder y saludan con almen dras del arroyo.

—¡Calla, nécio, y escucha! Tu nuevo oficio es aqueste: seguir á cualesquiera de los tres que te he mentado y averiguar su posada.

—Lástima de no haber tenido hoy esas

órdenes de vuesa merced; por que me aguardara á la puerta del monisterio y siguiera á doña Violeta, si salió de allí; que sí saldría.

—¿Pues cómo iba á morar ella en un convento de frailes, rocín?

—Eso digo yo, mi dueño. Pero se me ocurre una idea, salvadora si las hay.

—Será de las tuyas.

—No, señor; óigame vuestra señoría y verá que no ando tan descaminado del meollo. ¿No es vuestro padrino, el buen padre fray Pedro de la Concepción, del orden descalzo?

—¡Mi padrino! ¡Sí que lo es; y muy ejemplar!

—Pues con la confianza que vuesa merced tiene con su reverencia, por habelle él mojado la crisma con agua de bautismo, si no me engaño...

—Sí, majadero, sí; continúa con la hilación de lo primero.

—Puede vuesa merced hacelle pregun-

tas, tocantes á quiénes fueran las damas que entraron en el convento con fray Gabriel del Espíritu Santo: y no tengádes recelo de que lo ignore su reverencia; porque á los frailes nada hay que se les escape.

—No dices mal; pero ello es quebrantar mi juramento.

—A fé, que sólo os proponéis desentrañar los duelos que afligen á la misteriosa desconocida. Y si aún dudáis, diré á vuesa merced, burla burlando, que éste es menos cargo de conciencia, que el darme á mí comisión de descubrir la posada de *doña desconocida*.

—Calla, bachiller: déjame un hora para que yo pueda resolver aqueste caso.

—Como gustéis, señor; pero, ¿no cena vuesa merced esta noche?... Voy á decir al paje que avise al pinche; pues, créame mi dueño: con empresas de amor y pocas magras, no es difícil entregar la piel.

—Bien, márchate afuera.

—Con Dios quedad, amo mío.



## X

Pasaron domingo y lunes, sin que decidiera el de Almaraz lo que, por sí mismo, habría de hacer; subordinando la decisión suya, á la probabilidad de recibir, ó no, letras de la bellísima y triste Violeta en aquellos dos días. Y así que fueron pasados y hallóse el conde como el sábado anterior: sin nuevas, ó, por mejor decir, sin contestación de la dulce y misteriosa dama, dispúsose á poner por obra la peregrina idea de su escudero, visitando al reverendo padre fray Pedro de la Concepción, su amado padrino; no tan sólo para pedirle

noticias, sino para demandarle consejo en aquel trance original.

Pero... ¿sobre qué punto concreto versaría la tal consulta? ¿Sobre si debía amar ó desdenar á Violeta?... «Allá tú; diríale el fraile». ¿Preguntaríale si le era dado averiguar la condición y el nombre de su desconocida, á pesar del juramento prestado?... De fijo que entonces le diría fray Pedro: «¿Un Almaraz va á ser perjuro?...» Pues ¿qué cosa preguntaría á su reverencia? ¿Si conocía á las damas que entraron sofocadas con el padre procurador, el día tantos, á tal hora?... Peor es meneallo; pensaba el condesito, repitiendo la frase cervantina.

Poco después fué llamado al comedor, donde hizo una colación sóbria, que pudiera haber sido reputada como ensayo de ayuno; lo cual no era extraña cosa en un enamorado que se alimentaba de sus recuerdos y de su pasión. Tal como la comida, hizo el sueño: se acostó á las ánimas, y

empezó á dar vueltas entre las sábanas de fino angeo. Ora describía los tapices de la cama, porque le hurtaban el aire; ya los cerraba, luego, por que daban paso impertinente á la llama del lucerno, que tenía encendido delante de una Virgen del Oreto, por cierto milagrosa. Pero el insomnio no le provenía ni de las cortinas ni de la claridad, sino de su amorosa preocupación.

A las pocas horas, comenzó á reposar; pero aquel principio de sueño fué interrumpido por un vibrante, significativo ruido de tizonas, que en la calle se cruzaban; á cuyos golpes acompañaron pesiatales, y siguieron, por último, el gemir de un hombre y la bulla que armaba la ronda gritando: «¡Aquí hay un muerto!»

—¡Hola!—dijo Rodrigo Almaraz, llamando á sus servidores; pero, como éstos no padecían de mal de amor, no estaban de claro en claro; por lo que desoyeron la voz, y roncando siguieron. Entonces se echó

fuera del lecho don Rodrigo y se vistió á medias, envolviéndose en un capotillo y tomando la luz, con la cual salió á la ventana. No eran alguaciles, sino cuadrilleros de la Santa Hermandad los que intervenían en el homicidio; y el jefe de ellos levantó la cabeza, saludó al conde y le contó rápidamente el motivo del escándalo. La ronda pasaba por la boca de la calle, —decía,—cuando estaban riñendo aquellos dos caballeros, que eran de buen porte; y al llegar la cuadrilla, huía el matador, y el herido caía pidiendo confesión y piedad.

—¿Conocéisle?—preguntó Almaraz, aludiendo á la víctima.

—Le he echado la linterna;—contestó el cuadrillero;—y ni yo ni los míos sabemos quién pueda ser; si vuestra señoría saliese, acaso le reconociera.

—¡Plegue á Dios que yo me encuentre en la misma ignorancia; porque fuera triste hallar un camarada ó conocido en tal estado!

Rodrigo cerró el balcón, tomó el sombrero, púsose el cinto y metió en el tahalí la espada. Ya habían despertado Buendía y otros dos criados, quienes, á medio vestir, bajaron las escaleras detrás de su señor, alzando luces y poniendo en movimiento la casa toda.

\* \* \*

El día siguiente, que fué miércoles, comenzó á lucir sonriente y vivaracho: no pareciendo de otoño, sino, más bien, de primavera florida. Rodrigo pensó aprovechar aquel día en beneficio de sus planes, puesto ya en el grado máximo de la exaltación y de la nerviosidad: proponíase visitar al religioso, su padrino, y mandar sabuesos que buscaran el rastro de Violeta y que indagaran la causa de sus pesares; hacerlo todo; todo menos seguir entregado á aquella atonía, á aquella indecisión y á aquellos escrúpulos. No era ya obstáculo, para él, el juramento prestado; porque

pensaba que el hombre no tiene obligación de respetar estos compromisos de la conciencia, cuando media imprudencia ó dolo en su prestación. «¿Yo debí jurar que no me interesaría por las adversidades de la que amo? Este compromiso pugna con la condición y con los deberes de los caballeros castellanos. ¿Que hay necesidad de malograr las precauciones adoptadas por Violeta, si he de auxiliarla en sus desventuras?... No importa; ese misterio es accidental: lo atendible, primeramente, es conocer el riesgo que mi dama corre, para evitarlo á todo trance. Mas., ¿quién me dice,—pensaba,—que el peligro sea de tal monta que me autorice á romper su secreto? ¿No sufrirá Violeta alguna contrariedad que sea suficiente á su llanto, pero no bastante á mi arrojó?»

Así razonaba, sin ser de nadie oído, cuando penetró Lorenzo en la habitación, precipitadamente, y hablando en estos términos:

—¡Señor, señor! Ya se ha averiguado todo.

Sobresaltóse en gran manera Rodrigo, creyéndose en la esperanza propíncua de descubrir lo que ambicionaba; y el escudero continuó:

—Estamos ya advertidos de todo; ¡y por cierto que es buena pécora la tal doncella!

—¿Cómo es eso?... ¿Qué hablas, miserable?...

—¡Ahí es nada! El caballero muerto anoche y la doncella á quien culpan...

—¡Acabarás!

—Sabedes, señor, que el muerto se llamaba Silveira; y era un caballero portugués bien harto de doblones; y la picaruela de la esquina, la hija de maese *Entuerto* (que así le dicen por las hierbas que vende secretamente para estos dolores), traía al lusitano pegado al tontillo, y, además, prometía amores á otro hidalgo, que aún no se sabe; y hallando anoche el otro al portugués en la reja, sacaron entrambos los

aceros y acaeció la muerte del uno. ¡No hay peor enredo que una coqueta casquivana!

—¿Y eso es lo que has descubierto?

—Y algo más: que la muy ladina cerró sus puertas, y que agora niega el caso; pero desto es *testiga* una dueña que vive enfrente y que no duerme por de noche; con lo que sabe, muy bien sabido, todo lo que pasa; y además...

—No quiero saber otras nuevas del caso, —interrumpió Rodrigo;—lo que quiero y te mando es que hagas una salida con ánimo de buscar á quien ya sabes, y que me traigas nuevas; y si lo hiciéredes á mi gusto, te he de dar algo más para ayuda de costas.

—¡Viva vuesa señoría mil años!;—exclamó Buendía.—Agora me parto y he de correr y he de gulusmear como un podenco. A Dios quedad, mi amo; y hasta mi regreso, que será más presto de lo que vuesa merced aguarda.

Salió Lorenzo, haciendo reverencias; y el conde, luego que tomó el desayuno y se acicaló de calzas y de escarpines, y se peinó las guedejas y se ahuecó el copete, salió también calle arriba, en dirección al convento de los padres del orden carmelitano. Caminaba abstraído; tanto, que no pudo darse cuenta de lo que aconteció con cierta dama, que pasaba por la misma calle y que iba en contraria dirección; es decir, de frente hacia el conde. La tal dama, que conoció de lejos á Rodrigo, echóse el manto sobre el rostro y pasó muy cerca del conde, sin que éste pudiera percatarse de quién fuese aquella encubierta señora. ¡Si hubiera podido colegir que era doña Guio-  
mar, á buen seguro que ni sigue su marcha ni llega, como llegó, al monasterio!

La tapada se deslizó calle abajo; y, al pasar por la casa solariega de Rodrigo, entró en el zaguán y dió un papel á cierto criado que limpiaba unas espuelas; saliendo *in continenti* y desapareciendo con la

mayor ligereza, no sin volver el rostro algunas veces, por vía de precaución.

El conde llegó á la santa casa, muy cerca del mediodía. Dejó á un lado la puerta de la iglesia, que tenía cerradas sus cancelas de hierro; y, volviendo la esquina, dió en la entrada del convento. El zaguán era grande y estaba concurrido de mendigos astrosos, á quienes despedía con evangélicas recomendaciones de paciencia el hermano portero; pero los pedigüeños, que iban por maravedís y no por palabras, salían rezongando ó se resistían á partir con las escudillas vacías.

—Mañana habrá qué yantar, hermanos;  
—decía el lego.

Y los indigentes respondían:

—¡A buen hora!... Pidamos el pan de hoy; no el de mañana.

En cuanto el portero vió al condesito, cambió la severidad de su rostro en sonrisa, y exclamó, cruzando las manos:

—¡Dios sea loado! ¡Vos por aquí, señor conde!...

—Sí, hermano. ¿Y cómo está la comunidad?

—Los piés, buenos; la cabeza, mala por desdicha. Hablo de nuestra cabeza principal, señor conde: del bendito fray Gabriel del Espíritu Santo; que está con unas malaestanzas del vientre, que es un dolor. ¡Dios sea servido de curalle! ¿Y su excelencia vuestro padre?

—Con su armada; mas de sus nuevas carezco, y ya comienzo á ponerme en agitación.

—No la tengáis; pues su Divina Majestad le asiste, y él ha de estar por la mar, tan seguro como por la tierra.

—Así lo espero. Y... decidme, buen hermano: ¿podré visitar agora mi padrino?...

—Por cierto que estará en la celda su reverencia. Há un hora salió del refectorio y dijo que haría una siesta, porque la noche pasada no ha dormido sueño; mas

si queréis hablalle, ha de ser en esta ocasión, pues en despertando, que habrá ya despertado, irá á su santa comisión otra vez.

—¿Comisión del orden?

—¡Y muy piadosa! Él os informará de todo, venid.

El lego empujó la puerta, y entraron él y don Rodrigo, cerrando después por dentro. Atravesaron un patio en cuyo centro murmuraba oraciones cristalinas una fontana llena de pintados pececillos; subieron luego por ancha escalera, cuyo primer descanso se hallaba decorado con un gran cuadro al óleo, representando á Santa Teresa de Jesús, con la paloma cerca del oído.

Atravesaron, el lego y el hidalgo, un pasillo anchuroso, á cuya derecha había practicadas varias entradas de otras tantas celdas; y al llegar á la que existía en el centro, detuviéronse; y dando el lego un golpe con los nudillos, en la hoja de madera, dijo:—Deo gratia.

Inmediatamente contestaron de adentro, y á la respuesta siguió la aparición de un fraile alto, robusto, colorado y sonriente. Rodrigo besó respetuosamente la diestra del religioso, y éste, atrayendo con dulzura al visitante, le hizo pasar el dintel y entrar en la habitación. El portero se fué á sus quehaceres.

. . . . .  
—Y aquí me tienes, hijo mío, elegido, aunque indigno, para ejercer la grande obra de asistir al infortunado marqués de Siete Iglesias, en los últimos instantes de su vida. Ello ha sido, por haberse enfermado nuestro procurador general, fray Gabriel del Espíritu Santo; y á mí tocóme, al hora del alba, ir á participar á don Rodrigo la triste nueva. ¡Pobre, desventurado caballero! ¡Si le viérades, no le reconocieras! Mas es tan grande su edificación; es tan ejemplar su fortaleza, que no se ofendió cuando le anuncié que habían llegado los terribles días de su ejecución:

antes humillóse de rodillas y dió gracias al Señor, pidiéndole un lado en la gloria. Y dígotelo, ahijado, que el reo va á morir con la suerte providencial de haberse preparado, como ningún otro, para la vida eterna. ¡Cuán grande contrición la suya! Dijérase que ansía el momento de entregar á Dios, nuestro Señor, su alma: no teme; espera. *¡Misericordias Domini in æternum cantabo!* ¿Y quieres creer que el prisionero había tenido presagios de su fin, cuando se hallaba en la altura? Oye lo que anoche me dijo, pues no fué en confesión: «que cierto día de toros y cañas, de los más célebres que en la corte se han visto (en el cual se hallaron los reyes), se vió tan satisfecho y halagado en su vanidad de encontrarse á los ojos de su rey y de tantas damas, príncipes, señores, consejeros y pueblo, admirado y respetado; jinete en un hermoso caballo y con su bastón, que se dijo á sí mismo: ¡Válame Dios; que me vea yo en tan alta fortuna sin merece-

llo! ¡Qué sería si los que agora me ven triunfando me vieses algún día en esta misma plaza quitar la vida afrentosamente, privándome della!» Y contóme, además, «que acabadas las fiestas le cargó tan gran melancolía, que se acostó luego y no pudo dormir sueño aquella noche; y que dentro de poco tiempo le prendieron » Hoy, muy de mañana, recibió á Dios con grandísima edificación, que puso lágrimas en los ojos de todos los que asistíamos en su prisión al acto piadoso; y yo he llegado á sentir tanto amor por don Rodrigo, no solo por que le veo en la desgracia sino porque juzgo que está á las puertas de la ventura eterna, que no puedo quitármelo del pensamiento. Y agora mesmo, sin perder más horas, de volver he á la prisión; y mañana, que es el día de su muerte, le he de acompañar al cadalso y he de pedille que ruegue á Dios por toda la comunidad y por mí, cuando esté en la divina presencia. Así te digo,

ahijado, que no tengo yo el espíritu para otra obra que no sea la de pensar en don Rodrigo y en confortarle; y diréte más: que una hija de confesión, á quien tengo en mucho, ha tomado hoy por confesor á fray Alonso de la Santísima Trinidad, que es muy docto varón, por que no estaba yo para oílla: ¡de tal modo tengo ocupado el espíritu con los últimos momentos de don Rodrigo Calderón, que me parece que Su Divina Majestad no me manda acudir sino á él, para que no padezca un punto de indecisión y pierda la gloria, después de la afrentosa muerte que le aguarda!

Diciendo esto, se levantó de su asiento el religioso, y añadió:—Tú, agora, hijo mío, serás servido de acompañarme hasta las puertas de la casa de don Rodrigo, donde está su cárcel, y así tendré la ventura de conversar contigo, á tiempo que vamos caminando. Si no es que me buscas para algún otro cuidado en que yo pueda emplearme, sin mengua de mi actual cometido.

El conde hubiera confesado de buena gana, á su padrino, que llevaba ánimo de pedirle opinión y de encomendarle, además, un trabajo de investigación cerca del procurador general; pero comprendió que la ocasión no era propicia para ello y respondió:

—Yo no truje otro propósito, que el de visitar á vuesa reverencia; de manera que tendré á gran merced el acompañalle á su destino.

—Tal deseo, ahijado. Salgamos, pues, con la ayuda de Dios y de su bienaventurada Madre Nuestra Señora del Carmelo.

Mientras bajaban las amplias escaleras del convento, iba pensado Rodrigo cuán impertinente hubiese sido la consulta, si él, atreviéndose á perturbar el ánimo del buen fraile (que estaba caritativamente obstinado en la salvación del reo), le contara sus cuitas y le pidiera consejo en un negocio que distaba mucho de revestir la importancia que el árduo cometido en que

fray Pedro se hallaba empleado revestía. En rigor, á lo que él iba al convento, no era á resolver ningún caso trascendental de conciencia; sino á hacer una averiguación, impertinente acaso. Este atrevimiento pudiera parecer discreto, en dias de bonanza espiritual; mas cuando el reverendo padre se ocupaba en salvar un alma y trataba de aprovechar las últimas horas de vida que restaban al condenado, sintiendo por ello una honda y santa preocupación, no era oportuno suscitar, ante la opinión venerable del religioso, una cuestión de mero interés pasional.

Llegados el fraile y el hidalgo á las puertas de la prisión, que estaba situada en la calle de San Bernardo, entró en aquella el primero, despues de besarle la diestra el segundo. Delante del edificio había buen número de curiosos; y, á la puerta, dos guardias con picas; uno de los cuales decía, mal humorado, al corro:

«Sigán andando y no murmuren de la

justicia; so pena de ser encarcelados.»

Con lo que las gentes se ponian en marcha, aunque comentaran *in pectore* los rigores desencadenados contra el marqués de Siete-Iglesias; y tuvieran palabras de inaudita censura para el proceder del conde-duque de Olivares, instigador de la actividad dada al proceso.

Ya que no había podido hablar con el reverendo padre, del asunto que atañía á su corazón, decidió el conde de Robáyna acudir á casa de su buen amigo Luciano, á quien no veía desde que éste le visitó; é impulsado por la idea de hablar con su camarada, sobre el giro que llevaba el misterio de su amor, se encaminó á la calle de las Fuentes, donde moraba el hidalgo con su madre; viuda, aún muy gentil.

Cuando penetró Rodrigo en casa de Luciano, preparaba éste su equipaje.

—¿Adónde vas, amigo?

—Me parto hoy mesmo á Toledo; mas

tornaré, con la permisión de Dios, dentro de dos semanas. Pensaba mandarte un mensaje, por si te placía darme alguna comisión.

—¿Y qué motiva tan inopinada partida?

—Unas letras que habemos recibido, mi madre y yo, del intendente que tenemos al cuidado y vigilancia de nuestra hacienda. Quiérenos poner pleito el cabildo de la iglesia primada, y allá voy por si hay manera de atajallo con un acomodamiento.

—Así te lo deseo; por que los pleitos son como las epidemias: apestan y matan.

—¿Y qué nuevas me das de tu desconocida?

—¡Ay, Luciano! Es, aquesa, otra enfermedad que no tiene visos de curación ni de alivio; todo ello está como primero estaba: ella oculta, y yo desesperado.

—Cosa es, curiosa y rara por demás.

Al llegar la conversación á este punto, entró en la estancia, (que estaba amueblada con gusto palatino) la viuda de Céspedes.

des, madre de Luciano. Era una dama alta, cenceña, de modos urbanos y de mirada melancólica. Tenía plateado el cabello; pero aún lo peinaba con guedeja y lo prendía con perifollos y plumas; si bien éstas eran negras, como el guarda-infante, lo que contrastaba mucho con la color pálida del rostro.

Placía á doña Estrella,—que tal se llamaba la madre de Luciano,—el trato con los caballeros amigos de su hijo, pues así veía de qué costumbres y maneras eran éstos y podía prevenir los peligros que traen aparejadas las malas compañías. Pero, á decir verdad, doña Estrella se hizo presente aquel día, por el afán de hablar algo, con persona á quien suponía bien enterada, del suceso culminante que ocupaba la atención de la corte toda.

—Decidme, don Rodrigo; ¿es mañana, por cierto, la muerte del de Calderón?

—Así parece. Asístele mi padrino, fray Pedro de la Concepción; y su reverencia

acaba de informarme de aquel y de otros pormenores. ¡Desventurado caballero!

—Muchos son sus crímenes;—arguyó severamente Luciano.

—Pero él los confiesa arrepentido y no hay penitencia que no extreme para redimir su alma de las penas eternas;—respondió el conde.

—Diz que vive cargado de cilicios;—objetó, tristemente, doña Estrella;—y que su cuerpo está acardenalado de tantas mortificaciones.

—Más añaden, y ello es cierto: que no come bocado agradable; pues para mayor privación y ayuno, solo toma el suscinto alimento, á fin de no caer rendido por la extenuación. Y hoy mi padrino hame asegurado, que don Rodrigo se ha de salvar: porque su contrición no tiene hartura.

—Dios le depare una muerte cristiana y pronta;—exclamó piadosamente doña Estrella, levantando al cielo los ojos.

—Grandes extremos ha venido á tocar

este hombre;—añadió Luciano.—Subir á la cumbre, y derrumbarse al abismo.

—La envidia le ha empujado.

—Y sus delitos.

—¡Pidamos por él á Dios nuestro Señor, hijo del alma!;—habló doña Estrella; y resbaló por sus mejillas una lágrima.

En esto se oyó en la calle un ruido de campanillas, como de bestias que arrastraran un carruaje; y, á poco, salieron Rodrigo y Luciano, precedidos de dos servidores de éste. Los criados, que iban armados de mosquetes, montaron en dos caballos y se colocaron junto á la vieja carroza de camino, á manera de batidores. Luciano, que ya se había despedido de su madre y de su amigo, subió al coche, adonde ya estaba colocada la maleta; y á la voz del cochero y al crujido del látigo, partió el convoy.

El conde de Robáyna siguió opuesta dirección, y se encaminó á su casa solariega.

Llegó á su domicilio, á la hora de la comida; y en cuanto penetró en su cámara, presentósele el paje y le hizo entrega del papel que, muchas horas antes, dejara allí Guiomar. La emoción se manifestó en Robáyna con signos de nerviosidad, que no le permitían romper la cera con que estaba sellada la plica. Y así que la abrió, fijóse primeramente en la firma y rúbrica, que eran de este modo: «Guiomar de los Barros.»

He aquí el texto de la carta: «Al conde de Robáyna. Pido mil veces perdón á vuestra merced, por la incomodidad que aquestas letras pueden causalle; pero á su hidalguia me atengo y della aguardo absolución. Sabedes, señor conde, como la sinventura Violeta, á quien tanto amo, y á quien vos no amáis menos, segun yo colijo, no está, por cierto, en sazón de dar agora respuesta á la carta de vuestra merced: pues tanta es la desgracia con que Dios ha venido á proballa, que, si es-

capa del trance con vida, acaso quede con los sentidos turbados. Así, yo por mi cuenta os pido de no atribuir á mala parte su silencio; porque ella es de buena crianza y ámaos lo bastante para no dejaros sin sus letras, á no empedillo negocio de tanta monta como el que la atribula en este hora. Si algun día tuviérades la fortuna (permitidme que así os lo declare) de hablar con esta angelical doncella, conocierades la grave causa de su trastorno y os inspirara junto al amor, compasión. Criada de vuestra merced: Guiomar de los Barros.»

Esta carta, que respiraba dolor y que provocaba á melancolía, produjo en el espíritu de Rodrigo un abatimiento extraordinario. El conde cayó sobre un canapé como desvanecido; y apoyando la frente en la palma de la mano, dió rienda á sus suspiros y á sus múltiples, sombríos pensamientos. Las fibras de su sensible corazón despertaban, conmovidas profundamente

al conjuro de aquellas tristes palabras, escritas por persona que participaba de los tristes dolores de Violeta. En aquellos momentos, y á través del misterio que separaba á los amantes, afianzábase más, con cadena de ternura, el amor que Rodrigo sentía por la incógnita. Sólo una vez se habían hablado en realidad; pero, con el pensamiento, había él acariciado muchas veces la blanca mano de Violeta; había escuchado imaginariamente todos los días su voz dulcísima; habíase identificado, por modo mágico, con sus bondades, comprendidas por signos elocuentes y por presunciones lógicas; y ello era, que don Rodrigo soñaba con Violeta; y que el amor y el misterio habíanle encadenado á su sér, de manera eficaz y perdurable. Cerrando los ojos, veía aquella faz de vírgen; aquella mirada luminosa, aquella boca breve de que brotaban las palabras con sonido de ténue música. Recordaba el aroma que se desprendía del cuerpo grácil de la jóven,

y las maneras cortesanas con que habíale pedido un juramento que asegurara la consistencia de su incógnito. Todo en ella era simpático y peregrino: hasta el pseudónimo, inventado, acaso, para que Rodrigo la distinguiese y para que, al propio tiempo, ocultara su verdadero nombre, lo que debía de obedecer, sin duda, á causas decisivas é imperiosas. ¡Y aquel sér excepcional; aquella mujer, que parecía más angel que dama, mostrábase en su pensamiento combatida rudamente por el infortunio; presa de torturas inexplicables; anegada en un mar de llanto y sumida en un abismo de desesperación! Así parecía desprenderse de la carta de Guiomar, y así le decía á él su instinto que acaecía.

Mas, ¿cómo acudir en su socorro? Una vez, pudo hacerlo: cuando los rufianes ponían mano sobre ella; pero ahora le estaba vedado, por inescrutable misterio, y, al parecer, por conveniencias indefinibles, favorecerla y escudarla.

Los enamorados, que, de ordinario, pierden el apetito, con más razón desprecian el alimento del cuerpo cuando tienen junto á la preocupación del amor la pena del infortunio de sus amadas; por ello renunció Almaraz á comer aquel día, no obstante las discretas instancias de sus servidores. Y en devanar mentalmente sus pensamientos melancólicos pasó el tiempo, hasta que las sombras de la noche comenzaron á extenderse gradualmente, envolviendo las cosas con sus velos y llenando de penumbras los ámbitos de la villa coronada.

Buendía llegó entonces á la casa, receloso de la contrariedad que su amo iba á sufrir cuando él le dijese que no había podido hallar ningun rastro. «A punto que vea lo inútil de mis servicios, —pensaba,— me baja la demasía del salario.» Con esta idea *mortificante*, detúvose en el pórtico y pensó qué partido debía tomar. «Por lo menos, va á cortarme una oreja; y lo que

es yo, no quiero vivir desorejado. ¡Ay, escudero sin fortuna, cuánta pena por culpa de tu suerte!... ¡Válame San Lorenzo!...»

Pasó largo rato, y siguió Buendía inmóvil en su lugar de espera; cuando, del fondo de la calle, surgieron dos bultos de personas; pero tan encubiertos, que parecían fantasmas. Indudablemente, dos damas eran; y llevaban tan luengos mantos, que les cubrían hasta el borde de las haldas. Buendía sintió un principio de pavor, que se aumentó un tantico, cuando vió que ambos bultos se dirigían á él y que, de uno de ellos, salía una voz cavernosa que decía:

—¿Sois vos el criado de su excelencia?

—Escudero diréis;—contestó Lorenzo, con manifiesta intranquilidad.

—¿Está en casa vuestro señor?—preguntó la misma voz ronca.

—Debe de estar á tales horas; porque la de la cena es llegada.

—¿Y tendrá persona alguna á su lado?...

—Dúdolo; pero si todo eso queréis saber, decidme quién le busca; y entrando primero, puesto que agora vengo de la calle, saldré otra vez á decíros la certeza.

Las dos tapadas se apartaron un poco y hablaron bajo; durante lo cual pensó Buendía: «¡Acaso sea Violeta, acompañada del sorchante de Burgos, que dicen que tiene esa misma voz!» La encubierta de antes, se acercó nuevamente al escudero y le dió un bolsillo con blancas; y Lorenzo dijo:

—¡Vivan mil años vuestras mercedes; pues ya veo que no son almas del otro mundo, sino deste, y principales!

—Es preciso que entréis y que, si vuestro señor está á solas, digáisle cómo aquí viene una dama, con un apuro extremo, y que necesita hablar con su excelencia secretamente.

—¿Es por ventura Violeta? ¡Cuánto me holgara! Responded sin recelo, que yo soy confesor para esto de guardar lo que á título de secreto se me confía.

—¿No ireis?—preguntó, ya algo amostazada, la de la voz grave. Y Buendía, guardándose el bolsillo en el seno, entró en la casa y subió presuroso. «Violeta es;—íbase diciendo el escudero.—¿Qué otra anda de tapujos y aventuras con mi señor? Y á lo que entiendo, viene á ponelle al cabo de sus apuros. Al fin tengo algo que decir; menos lo del bolsillo de florines.

No es para descrita la incertidumbre de Almaraz, cuando su escudero le anunció la visita misteriosa y le dijo su sospecha de que Violeta fuese una de las tapadas. Mandó encender la lámpara del estrado y recomendó á Buendía, que, mientras las damas estuviesen en la sala, no permitiese que nadie se acercase á la puerta, so pena de azotes.

A poco subían las damas, precediéndolas un paje con un artístico velón de cinco mecheros leonados, cuyas luces reflejábanse en la pantalla cincelada del típico candelero. Don Rodrigo salió á la ante-



sala y saludó, con una graciosa inclinación de cuerpo, á aquellas reposadas y negras fantasmas, que penetraron en el recibimiento y se sentaron en ámplios sillones. Buendía cerró la puerta y se quedó en el exterior, oficiando de guardián. El conde temblaba de emoción: miraba á uno y otro bultos y apenas sospechaba cuál de ellos pudiera trocarse en su adorada Violeta. Sentóse también y las tres personas guardaron silencio. A poco, tomó la palabra Rodrigo, de esta suerte:

—Sobrecogido me tiene, señoras, el oscuro misterio con que habedes hasta aquí llegado; y más mi ansiedad crece, porque recelo que mi bien se esconde en una de vosotras. Si así fuere, sed servidas de no prolongar por más tiempo el incógnito.

Esto lo dijo el conde, sobreponiéndose á su emoción y en tono de rendida súplica; pero, á tal intimación, respondió el silencio. Comenzó, entonces, á sudar Rodrigo y añadió:

—Caballero hidalgo soy, de noble abo-  
lengo; y juro, por el nombre de mi padre,  
guardar en el más profundo secreto cuanto  
aquí contáredes, así como vuestros nom-  
bres y calidad.

—Basta;—dijo una voz dulce y vibrante,  
que partía de la encubierta más gentil.  
—De más sé yo, señor caballero, á lo que  
vuestra condición os obliga; y el acto que  
llevo á término viniendo á vuestra éasa,  
demuéstraos lo segura que en ella y por  
parte de vos me considero; y á no temer  
cualquier inesperado tropiezo, sin mi antí-  
gua dueña viniese, aunque de su fidelidad  
respondo. Agora, y puesto que á vos me he  
de confiar en todo, os mostraré quién soy.

Al decir esto, levantóse el tupido manto  
la dama y echólo hacia atrás; y al recono-  
cerla Rodrigo, se puso de pié, abrió des-  
mesuradamente los ojos 'y exclamó, sin  
poder contener su extrañeza:

—¡Vos! ¡La madre de Luciano!..

—Yo mesma soy.

Repuesto el conde, enseguida, tomó la diestra de la señora y puso en ella un beso respetuoso.

—Árduo y difícil debe de ser lo que aquí os trae; mas yo repito el juramento que os hice y holgárame de seros provechoso.

—Por no herir mi alma, buen Rodrigo, —habló la dama,— con los mil detalles de la historia desventurada que á referiros voy, pienso della daros relación suscinta; y creed que solo á vos me atrevo á contarla; ¡tal conceto me merecéis vos!

—¡Señora!...—exclamó Rodrigo, inclinándose modestamente.

—Mi desventura dió comienzo, á poco de perder á mi dueño y marido. Casé á los diez y ocho años de edad; y deparóme aquel esposo, la terminante orden de mi padre, que goce del Señor. Era don Juan de Céspedes un principal caballero; mas demasiado anciano para esposo de una niña. Al año de mis bodas nació Luciano,

y, al siguiente, murió don Juan su padre. Mi viudez comenzó, cuando yo cumplía cuatro lustros. Dije que entonces comenzaron mis desdichas, y dije mal por cierto; pues dióme el enemigo tregua de dos años, al cabo de los cuales fuíme á vivir á Toledo con mi Luciano, ya destetado y en salud; (porque estuvo en los primeros meses enfermo de graves malaestanzas.) En Toledo hice la vida honesta que es acomodada á una dama viuda y principal; mas comenzaron los caballeros á cortejarme no poco, sin embargo de mi cautela y de mi recato; y entre mis perseguidores distinguióse un burlador muy galán y apuesto; muy rendido y con arte para hacerse amar. Aquí es donde, verdaderamente, dan comienzo mis desventuras, causadas, no solo por el asedio de quien ejercitaba sus habilidades en perseguir damas, sino también por mi flaqueza evidente y por mi inexperta juventud. Hizo de modo, el galanteador, que nos viésemos á solas alguna vez; y con jura-

mentos de eterno amor, en que yo creí, y con mentidas promesas, que eran para mí de indudable eficacia, logró aquel hombre su propósito. ¡Ah, Dios mío! ¡cuán grande fué mi pecado; pero cuán grandes y duraderos, también, mi arrepentimiento y expiación!... Nació de aquellos amores, en 1602 años, una hija, un angel bellissimo; y presto su padre la arrebató de mis brazos, alegando razones de ocultación que no pudieron menos de convencerme. Pero ni el amante ni el fruto de su iniquidad volvieron á parecer delante de mí. El caballero ausentóse de la ciudad imperial, y no hubo investigación mía que diese el resultado de su hallazgo.

—No pudo ser un caballero quien tal hizo;—exclamó el conde, con exaltación.

—Oid: há pocos años, en el de 1615, pasé de Toledo á Buitrago, para establecerme temporalmente en aquella villa, con mi hermana doña Aldonza; y más tarde regresé á Madrid, decidida á morar en mi

antigua casa solariega, que hais visitado hoy mesmo; cuando mi Luciano partía. Y os diré, aunque os canse, por qué partía hoy; cierto es que el cabildo de la catedral toledana nos tiene amenazados de pleitos pero daba el negocio espera, y yo he instigado á mi pobre hijo á que hora realice su viaje, porque no puedo perder este día, pues mañana fuera tarde para lo que intento. Colegiréis ya que Luciano lo ignora todo mas de vos espero la obra de que siga ignorándolo.

—¡Señor, por mi honor!...

—Mas volamos á Buitrago, donde tuve ocasión, ¡quién lo esperara!, de tropezar al burlador demi honra.

—¡Ah!

—Sí, buen corte; allí, al lado del rey don Felipe III, que yoce del Señor, destacábase tanto; era de tal valía el asesino de mi honor, que no podía menos de ofrecerse por todas partes ¡las curiosas miradas. Pero, ¡oh dolo!, mi burlador no se lla-

maba don Fernando de Huelva, con cuyo nombre habíase hecho pasar delante de mí; nombrábase... don Rodrigo Calderón; y era marqués de Siete-Iglesias, conde de la Oliva, primer ministro de Su Magestad, caballero del orden de Santiago...

—¡Miserable!...

—No; desgraciado. Vos mesmo dijísteis hoy, que el reo tiene anegada de contrición el alma; que usa de cilicis; que pide fervoroso; que ansía la muerte...

—En efeto, señora: habíame olvidado de la feliz disposición de espíritu, con que don Rodrigo va á subir al calalso.

—Voy á concluir mi hitoria: cuando reconocí el engaño de que había sido víctima, experimenté tan grande afán de venganza, que no fui parte á perdonar al traidor: á punto estuve de pagar su muerte; mas contuviéronme la idea de que podía labrar con ello la desonra de mi hijo, y la evidencia de que e engaño que yo llo-

raba era el merecido castigo de mi horrenda culpa.

Doña Estrella no pudo contener las lágrimas; y Rodrigo, respetando su dolor, guardó silencio. Luego continuó el relato, la madre de Luciano, diciendo:

—Aquietado mi espíritu, resignado mi ánimo, no abrigué ya otra idea que la de saber de mi hija; y, entonces, atrevíme á dirigir unas letras al hombre que tan falso y desleal había sido para mí. Esta dueña, que me es adicta en extremo, entregó la misiva al marqués; pero él no quiso contestar á mi súplica. Entonces escribí otro pliego, en cuyas letras rebosaba mi indignación; á aquel estímulo no pudo substraerse don Rodrigo, y respondiome por escrito; pero con una sola palabra. Era, no obstante, esta palabra, lo elocuente y satisfactoria que pedía mi vehemente amor de madre; pues la palabra, escrita en medio de una hoja de papel, sin otros vocablos, era aquesta: «vive». ¡Vive! exclamé llena

de emoción; y, dando gracias al Señor, enjuagué mis lágrimas y dispúseme á averiguar el paradero de mi hija, sólo por el afán de verla alguna vez, aunque furtivamente. Logré aquesta dicha en una sola ocasión; contaba ya mi desventurado angel trece años de edad, y era tan linda y discreta, que no sabré decirsi fué su belleza ó fué su donosura la que acabó de prendarme el alma. No me dí á conocer della, por que entonces no lo entendí prudente; mas enterado su padre de mi entrevista, hizo de modo como la niña no fuese nuevamente hallada; y cuando por ello le reconvine en una carta, sin firma, me contestó como siempre: con desdeñoso silencio.

—¡Que un hombre bien nacido abrigue tal condición!—replicó Rodrigo.

—Mismamente acaeció cuando, en Madrid la corte, reiteré al caballero mis ansias de conocer el estado de mi hija: el señor poderoso holgábase de burlas los deseos

de una madre desgraciada. Entonces comencé á resignarme, reparando mucho en mi vida, por no dar sospechas á mi Luciano; y en Dios y en el porvenir aguardaba, cuando llegó á todos los ánimos la noticia de la condena del valido. Y viendo yo que el silencio que guardó conmigo el reo va á hacerse agora más terrible; que si él muere sin haberme dado nuevas de aquel angel infortunado, voy para siempre á perdelle, y, acaso, á permitir que viva en la miseria y el hambre, pues don Rodrigo tiene confiscados sus bienes, ¿he de dejar pasar la última hora sin preguntar al condenado por el paradero de nuestra hija? A esto se enderezan mis lágrimas, hidalgo don Rodrigo; más hidalgo que el otro que me burló y me despreció como villano; á esto viene mi atrevimiento en visitaros, pues ya sé que sois de natural honrado y tierno, y os compenetraréis destes anhelos de mi alma.

—Decid, señora; ¿en qué puedo valeros?

—Es necesario, imprescindible, que esta misma noche veais, por piedad, á vuestro padrino el confesor y le digades esto, para que él demande al reo una noticia cierta del estado, residencia y posada de mi Laura; so pena, si no lo dijere, de negalle toda absolución de sus culpas, puesto que deja en pié la más grande, que es denegar á una madre el cariño de su bien. Y como fuera tarde mañana, porque el desgraciado caballero será degollado en las horas primeras del día, yo os pido de rodillas,— y se echó de hinojos doña Estrella,— que así lo hagáis presto; por la grata memoria de vuestra madre, á quien conocí y amé por su virtud.

## XI

A veintiuno de Octubre de 1621 años, ó sea el día que siguió al de la escena desarrollada entre doña Estrella, su dueña y el conde de Robáyna, sacaron de su prisión al infortunado marqués de Siete-Iglesias y lleváronle «á degollar por la garganta». Doña Estrella y Almaraz se encerraron en sus casas, y no permitieron que persona alguna hubiese en las ventanas ni en las puertas, durante el paso de la fúnebre comitiva; conducta que siguieron no pocos nobles de la villa coronada. Buendía, el escudero, quedóse fuera y vió el triste

sueso; por lo que, á punto de las doce, regresó todo azorado y empalidecido á casa de su señor, quien mostrábase aún más triste que solía.

Aunque era el Octubre, sudábale á Lorenzo la frente; y, viéndole descompuesto de semblante, le preguntó su señor:

—¿Qué has visto? ¿Ha pagado ya el sinventura marqués de Siete-Iglesias los delitos que húbole tomado en cuenta la justicia? Hazme relación dello.

—Sí haré; pero, si á vuestra merced pluguiera, yo me asentaría en el suelo (porque delante de vos no ha de ser en silla); pues no puedo tenerme, de sobrecojido y tembloroso que estoy. ¡Nunca más ver estas acciones de justicia! ¡Válame Jesucristo!

—Asiéntate y dí: pero en ese escaño.

—Señor, gracias os doy por este favor, que agora es caridad. ¡Ajajá! Ya respiro: creí que venía al suelo desmayado. Y bien, mi amo: lo que yo he visto ha sido, que

sacaban á don Rodrigo de la cárcel y que no parecía él al velle. Y dijo una mujer maliciosa, que estaba junto á mí: «No se me burlan: otro remiendo para mi sayo, que aqueste no es de su color: aquí hay engaño con otro hombre, á quien van á matar diciendo que es el valido». «¡Babieca!, le respondí; ¿pues cómo se prestaría otro hombre á hacer tal papel, para que fuere degollado?»

Más de sesenta alguaciles de corte, todos jinetes en caballos, esperaban en la calle, que apenas tenía lugar vacío de persona. Allí estaban los Cristos de las cofradías de los ajusticiados, y no pocos frailes, así como el guardián mayor y los demás guardas de la prisión en que el reo estuvo. También salieron el pregonero y el verdugo, ¡ay, mala estampa! ¡Paréceme, señor, que aquesta noche, si duermo, voy á ensoñar con semejante judío! ¡Jesucristo me valga!.. Subieron al reo en una mula, ó, más bien dicho, subióse él mismo, señor;

que yo lo he visto con estos ojos: él puso un pié en el estribo, mientras le alzaba el otro pié el pícaro verdugo, que Dios confunda, amén. Llevaba don Rodrigo una túnica larga de bayeta y capuz y una caperuza de las largas que se llevan sobre los hombros; y, ya jinete, se arregló las ropas y tomó con la mano izquierda las riendas del animal; y, con la diestra, un crucifijo en el cual fijó los ojos preñados de amargas lágrimas. Era de ver, señor, la pena de todo el pueblo; pues las mujeres plañían á alaridos, y los hombres apenas si podían ocultar su flaqueza. En cuanto á mí, confiésolo, mi amo: di gritos de pena y eché al suelo cada lagrimón como una manzana. El verdugo le ató las piernas con una liga, por debajo de las cinchas, y tomó del diestro la mula, poniéndola en marcha; á cuya señal anduvieron los frailes, corchetes, cofrades y pueblo.

Los religiosos íbanle dando ánimo á su merced y él no quitaba los ojos del cruci-

fijo y rezaba, según yo colegía por el mover de sus labios. Toda la muchedumbre de gente dirijíale palabras de consolación; y yo, por no ser menos, dijele en voz alta: «Dios os dé buena muerte, amén.» Y el triste, que había reparado en ello, contestó de seguida: «Dios os lo pague; que sí hará.» Entonces asaltóme tal congoja, que á poco doy en el suelo con mi sér. Adelantéme un tanto y ví que los Cristos de las cofradías de Caridad y Paz, así como el feo y sucio pregonero que aquí se tiene para casos tales, iban ya muy adelantados; y oí el pregón, que lo dieron, primeramente, á la puerta de la casa del reo. El de la voz pública, poniéndose muy colorado, como sí hiciese aquello en contra de su gusto, que sí haría, dijo, con la entonación que suele: «Esta es la justiciaaa que manda haceeer el Rey nuestro señoor á este hombreee, porque hizo matar á otrooo asesina y alevosamenteee, y por la culpa que tuvooo en la muerte de otro

hombree; y las demás porque fué conde-  
naooo, contenidas en su sentenciaaa, le  
manda degollar.» Aqueste pregón, íbalo  
leyendo en un papel muy súcio, que en  
las manos llevaba; y yo me maravillo,  
señor, de que nada dijese tal relato, de la  
muerte de su magestad la reina doña  
Margarita de Austria, que diz fué obra del  
mal aconsejado marqués.

—No es reo dese delito: absolviéronle  
de él los jueces, por no haberse probado  
en derecho.

—Esa es harina de otro costal, mi due-  
ño; porque dar muerte á una reina, es  
delito que llaman de lesa majestad y no  
tiene perdón allá arriba.

—Sigue el relato y deja esas razones,  
que no son propias de tu caletre.

—Perdón, señor; á lo que entiendo voy  
descaminado; pero no es por falta de  
meollo, sino porque estoy todo trastorna-  
do, al extremo de no saber cómo pueda  
decir palabra. ¡Ah! —exclamó Buendía,

como si recordara un detalle que mereciera inmediata relación. — Sabedes que le han pasado por delante de las casas de los jueces: primero, por la de don Diego del Corral, vuestro amigo, y luego por la de don Francisco de Contreras, don Luis de Salcedo y don Alonso de Cabrera, á quien también conocéis; y esto debe de haberse hecho, por orden de su majestad. Después pasó la comitiva por la calle de las Fuentes...

—¿Tú viste si las ventanas de la casa de Céspedes estaban cerradas?

—¿La casa de don Luciano?... No me fijé en ello, señor mío, mas paréceme que la dueña de doña Estrella, que es antigua conocida mía, antes se salta un ojo que se queda sin ver lo que acaece por su calle; tras de alguna rendija habríase puesto á fisgar; ¡así Dios me tenga de su mano! Por cierto que unas mujeres, destas que tienen tanto descoco como buen natural, al ver al reo gritaron, más abajo: «Dios vaya conti-

go y te perdone tus culpas; y luego comenzaron á dar alaridos, al punto de tener que dejar un alguacil su puesto y acudir á que no causaran tal escándalo en mortificación del infelice marqués.

Siguió la muchedumbre por la plazuela de los Serradores y por la calle Mayor, y llegó á la plaza, donde estaba el cadalso; mas no creáis que don Rodrigo entró por la calle de la Amargura ni por las otras que se destinan á los ajusticiados, sino por la de Boteros; que en esto quisieron hacer merced al de Calderón. Yo quise hallarme cerca del tablado, no por curiosidad vana, que bien sabe Dios el poco alto que hace este mísero escudero en la desgracia ajena; pero la compasión tiraba de mí y no sé qué alas sentía yo dentro de mí mismo, que me llevaban cerca de aquel infortunio; mas agora veo que obré mal en lo hacer, porque el caso no podrá quitárseme nunca del recuerdo y he de vivir lleno de espantos muchos

das. ¡Dios me lo tome por cuenta de mis culpas!... Con aquellas alas, empecé á luchar forzadamente entre la multitud, que me quería aplastar, y abríme paso poco á poco, hasta dar con la contravalla que alrededor del tablado estaba puesta. Al mismo tiempo llegaba don Rodrigo con su mula, de la cual, una vez desatados los piés, se apeó con grande presencia de ánimo; comenzando á subir las gradas del patíbulo, con la ayuda de un varón religioso que le dió la diestra. En aquel punto os juro, señor, que quise huir de tal espectáculo; librarme de aquella tortura. Poníame yo, imaginativamente, en el puesto del ajusticiado y sentía hielo en toda la sangre, así como que los ojos se me añublaban. La gran muchedumbre de gente no me permitía ya volver hacia atrás; porque aquellos impulsos de que yo había dispuesto para llegar, no renacían á la hora en que pretendía alejarme. Entonces me resolví á cerrar los ojos, para no

ver; pero, sin yo mesmo darme explicación dello, miraba muchas veces de hito en hito, y otras, vía con los ojos abiertos. ¡Ay, seor conde, ello probaba que yo no era dueño de mi voluntad y albedrío!; y entre miradas fijas y miradas al revuelo, dime cuenta de que don Rodrigo confesaba, por última vez, con uno de los muchos frailes que sobre el cadalso se apretujaban, todos ellos con la color de la cera y los párpados cuajados de lágrimas; vi, asimesmo, que luego recibía la absolución el sinventura, y que, acercándosele el verdugo, ¡mal haya su linaje!, le decía como era llegado el momento del sacrificio. ¡Ay, mi amo; ay, cuán grandes fueron, entonces, mi desvanecimiento y pavor! Temblábanme las piernas; castañeteábanme los dientes; las manos mías eran de hielo; y, además sentía en el interior unas congojas, que me ahogaban. Todos los hombres y mujeres del contorno respiraban anhelantes; y, los más, encomendaban el alma

del reo. Digo á vuesa merced, que si yo tengo experiencia del caso, no me muevo de aquí. Pero ¡ay!, lo más grande, lo más terrible fué aquello que acaeció despues: sentaron al desgraciado en la silla; atáronle las manos y los piés, y vendáronle los ojos; descosieronle el jubón, por la parte del cuello..., y el truhán del verdugo dió un abrazo y un beso á su víctima! ¡Habrás visto Judas!...

—¿Todo eso lo viste á cierra ojos?

—No sé cómo, pero lo ví. Y al decir don Rodrigo dos veces, con fervor muy piadoso: «¡Jesús!», echóle el verdugo la cuchilla á la garganta y... ¡me dá espanto este recuerdol... una ola de sangre lo encubrió todo y un clamor de la gente resonó en la plaza maldita.

—Degollaríanle por delante, ¿es cierto?

—Sí degollaron; que en ello tuvo gran cuidado el reo: por delante como á caballero; y así diz que lo previno su magestad, por hacelle merced. Agora, si os pa-

rece, amo y señor,—dijo un tanto compungido el escudero,—¡echad un *pater noster* y un *requiem*, que yo contestaré como sepa!

\*  
\*  
\*

Desde que oyó nuestro Rodrigo la relación hecha por doña Estrella, comenzó su pensamiento á aventurarse audazmente por el camino de la sospecha, y aumentósele el trastorno del ánimo, que tenía en desasosiego. Unió el dato que le daba doña Estrella, sobre su oculta maternidad, con el dolor y el apuro extraordinarios de que Violeta se dolía; comparó la edad que señalaba la viuda de Céspedes á su hija natural, con los años que él atribuía á su adorada incógnita; y como estos detalles coincidieran, y como el misterio que envolvía á Violeta fuese, en aquellos momentos, asaz elocuente, vino á pensar que acaso su amada era la hija del reo don

Rodrigo. La desesperación se apoderó, entonces, de su alma; pues si tal sospecha adquiriría confirmación, evidente era el imposible de su amor: un mónstruo invencible se colocaba entre él y Violeta, impidiéndoles la unión ansiada; que el linaje preclaro de Almaraz, no podía consentir alianzas deshonorosas con la hija de un ajusticiado, aunque éste hubiese muerto con todas las prerrogativas propias de los caballeros principales. Estas ideas mortificaban su ánimo, envenenaban su alma, congestionaban su cerebro; y, él mismo, pensaba otras veces que, acaso, tal coincidencia no existiera; que Violeta y la hija de don Rodrigo nada tuviesen de común; que las torturas dolorosas sufridas por su adorada hubiéranlas producido, causas distintas á la condena y muerte del valido infortunado. Mas, sin embargo de estos pensamientos optimistas, dentro de la conciencia y en el fondo del entendimiento, pesaba como bola de bronce la convicción

de que Violeta y la bastarda eran un mismo sér real y viviente.

Cuando comió el conde,—que fué sóbria á inapetentemente—decidióse á salir; ya que, durante las horas de la ejecución, habíase encerrado en su casa, por muestra de respeto y duelo, como hicieran otros nobles. Dirigióse al domicilio de la madre de Luciano, oyendo, al pasar por la vía pública, los curiosos comentarios que las gentes hacían sobre la reciente ejecución de don Rodrigo. Varias mugeres estaban, cerca de la casa de Céspedes, describiendo el cadalso convertido en túmulo. «Han puesto bayetas,—decía una de aquéllas,—en toda la tarima; y, sobre crespones, el cuerpo del ajusticiado; y en los cuatro extremos, otros tantos cirios que arden cuando el soplo del viento los deja estar; los reverendos padres de los conventos de la villa, allí presentes se hallan, padeciendo y orando por él; todos llorosicos y tristes.» «A fe,—decía cierta anciana, en voz menos

inteligible,—que otros hacen más y son menos castigados.»

Penetró Rodrigo, á poco, en la casa de la viuda de Céspedes, y ésta le recibió con muestras de una melancolía, difícil de ser ocultada.

—¡Dios le haya acogido en sus brazos!...  
—exclamó doña Estrella, en viendo á Rodrigo.

—Ejemplar diz que ha sido su muerte;—añadió el conde.

—Si ha cumplido como cristiano; si no ha dejado sumido en la desgracia el corazón de una madre, el Señor le perdonará.

—Yo, señora, acudí anoche mesmo á la prisión é hice llamar á mi padrino; ¡santo varón; cuánto ha sufrido con el que sufría!

—Y bien....

—Hice relación, en breves términos, á su reverencia, de cuanto vos fuísteis servida de referirme; y me contestó presuroso, por su priesa de no separarse del reo: «Dí, ahijado, á esa noble dama, que no

espere traiciones ni rebeldías de quien ha hecho confesión general de todas sus culpas y ha de morir con la conciencia limpia de pecado. Mi misión cerca deste hombre sin ventura, acabará con su muerte; y luego que esto sea, yo mesmo iré á dar consuelo á su merced y á hablalle de su hija infortunada.»

—¡Dios sea loado!—exclamó doña Estrella, dirigiendo la mirada al cielo.

Sucedió una páusa á estas palabras; y entonces, Rodrigo preguntó, no sin recelo, á su interlocutora:

—Decidme, señora: ¿vuestra hija fué alguna vez llamada, por apelativo, con el de Violeta?...

—No acierto á comprender vuestra pregunta, Rodrigo; mi hija llámase Laura y no figura, por cierto, con ningún dato vergonzoso en su fee de bautismo; pues el malogrado su padre hizo que un su allegado, de sangre hidalga, la declarara por hija de su matrimonio; y de ello estoy persua-

dida, por un papel sellado que dióme á leer en Toledo.

—Hay una duda que me atormenta, que me exalta: si es Violeta la hija bastarda de don Rodrigo, será triste mi vida y no me aguardará otro porvenir que el llanto.

—¿Qué decís, Rodrigo?—preguntó, llena de curiosidad, doña Estrella.

Iba el conde á contestar, cuando apareció la dueña diciendo:

—Señora, búscaos un santo padre carmelita.

La voz de la dueña no era brusca ni grave, antes era dulce y cariñosa; fingióla, pues, la noche en que habló con el escudero, por que éste no la reconociera.

—Condúcele;—ordenó la de Céspedes.

—Ha de ser mi padrino;—dijo el conde, volviendo los ojos hacia la entrada, por donde ya había desaparecido la dueña.



Fray Pedro de la Concepción, penetró en la estancia. El buen religioso había perdido su color saludable; tenía pálidas las mejillas y violáceas las órbitas de los ojos; dijérase, también, que en pocas horas había perdido el insigne varón su vigor y sus carnes, y que la fe era el milagroso impulso de aquella existencia preciosa.

Doña Estrella y Rodrigo besaron la mano del religioso; éste asentóse en un amplio sillón y fuéle puesto á los piés, por la dueña, un cojín de veludo. ¡Artística figura la del reverendo padre, con sus hábitos carmesíes, su capa de color blanco, pero del blanco amarillento de lo vellones, y con su cogulla negra cayendo plegada hacia atrás! Parecía una de aquellas portentosas efigies que nos dejaron los cincos de Alonso Cano y de su émulo, más bien que discípulo, Pedro de Mena.

La ansiedad de doña Estrella manifestóse en el rostro, más pálido que siempre; y en la mirada, más anhelante que nunca. El fraile sujetóse un momento la frente con la mano, y cerró los ojos, como si meditara; mas de seguida rompió el silencio.

—No ha de ser obstáculo, hermana, la presencia de mi ahijado el conde: pues él sabe desto, paréceme que no tendréis reparo en que también me escuche.

—El conde,—respondió con acento seguro la dama,— es necesario en aqueste caso; y de su discreción tenemos vos y yo las bastantes pruebas.

—Pues bien, hermana: sabedes que antes de encomendar vos á mi ahijado el servicio de verme y prevenirme en vuestro nombre, habíame tratado del asunto de su hija natural el desgraciado marqués.

—¡Antes!...

—No ha querido don Rodrigo dejar oculto pecado ni negocio que pudiera

estorbar á su segura salvación, porque su arrepentimiento ha sido tal, que le ha inspirado la seguridad de la gloria; y, por ello, dijo las palabras de San Ambrosio, á los religiosos que le cercábamos sollozantes en el cadalso: «No lloréis, que yo voy á reunirme con Dios y os aguardo en el cielo.» Pues bien, hermana y señora: vuestra triste hija vive en la corte, al cuidado de cierta dama pobre, aunque hidalga, que le sirve de compañía ha muchos años, y que es muger ejemplar. El desgraciado marqués hame encomendado á tan infortunada doncella, recomendándola asimesmo á vuestra protección, porque él nada pudo testar en favor della. Y lo que más me ha pedido, con lágrimas en los ojos, ha sido que vuestra merced le perdone de corazón, como humilladamente os lo hubiera él suplicado si os viese cerca.

—¡Yo le perdono, para que me perdone el Señor!—exclamó doña Estrella, conmovida.

—Agora sabed, por esta apuntación, la morada donde se aposenta vuestra hija, cuyo dolor holgárame de aplacar con mis consejos; si bien considérola llena de paciencia, como cristiana, por que se ha hecho la voluntad de Dios: *fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra.*

—¡Hija del alma!—sollozó la viuda de Céspedes, enjugando sus lágrimas con un fino pañuelo de encaje.

Rodrigo experimentaba intensa emoción; y, entresacando del diálogo los datos que convenían á su interés, comenzaba á perder el ligero vislumbre de esperanza que aún fulgía en su espíritu: si la hija de doña Estrella vivía acompañada por una dama pobre, ¿cómo dudar que aquella noticia referíase á doña Guiomar de los Barros?

—Es necesario,—habló la dama, calmando su lloro,—acudir presto en socorro de mi hija.

—Obra caritativa será confortar su áni-

ma, y, sobre todo, enseñalle á perdonar á los enemigos de su padre: *Virtus est coram hominibus adversarios tolerare, sed virtus divina diligere*; según San Gregorio.

—Gracias por vuestra solicitud; el cielo os premiará tantas virtudes.

—Yo soy un pobre pecador, siempre esperanzado y confiado en la divina misericordia de Jesús; nada merezco.

—Y decidme, padrino:—repuso el conde,—¿el malaventurado marqués de Siete-Iglesias os habló mucho de su hija?

—Con sin igual ternura hablóme de sus hijos; pero desta, á quien reputaba más sin fortuna, díjome tales palabras, que yo pienso la amaba con inefable amor. «Es un ángel;—decía lloroso.—Su natural es tan modesto, y el perfume de su castidad é inocencia tan penetrante, que yo, padre mío, há tiempo la nombro, más que por Laura, por Violeta.»

—¡Ah!—exclamó el conde, palideciendo intensamente; cerrando los ojos como si

fuese á dormir el eterno sueño, y cayendo desplomado en la silla.

. . . . .  
«Y el fin desta parte de la historia,— dice textualmente el manuscrito que nos la refiere,—fué que don Rodrigo de Almaraz, despreciando los halagos del mundo, entró como novicio en el convento de Carmelitas descalzos, bajo los auspicios de su padrino, Fray Pedro de la Concepción; y que Laura partióse al monasterio de la madre Sancta Teresa de Jesús, en Avila, donde entró educanda; realizándose el milagro portentoso de haber unido la regla de una mesma religión, á aquellos que, acaso, no podían quedar unidos por las leyes vanidosas del siglo.»



## JORNADA SEGUNDA



Andados iban veinte días de Enero del año de nuestra salud 1622; y de su paso dejaba ingrata memoria un frío tan rudo, que apenas había cuerpo humano que su agobio resistiese.

Los caballeros pasaban por las vías, ligeros y embozados en sus gruesos tabardos de lana; dejando fuera, apenas, los ojos para mirar al camino. No se vían damas por parte alguna; si no eran cualesquiera dueñas que muy arrebujuadas, con bayetas debajo del manto y rostrillo, como si fuesen monjas recoletas, iban á sus me-

nesteres de la calle, murmurando de su ingrata ventura y lanzando al mal tiempo miradas de ira, á través de las antiparras ahumadas y cóncavas.

Era el mediodía, á la sazón de este cuento, y no había nublos en el cielo azul; pero la color del astro, á quien los poetas llaman Apolo, era tan débil, que, más que sol, parecía luna; con lo que se dice que sus amortiguados rayos apenas confortaban con la claridad cegadora de otras veces.

Por la calle arriba subía la calzada un caballero alto y fornido. Llevaba bien alto el embozo de la capa, por cuyo filo inferior asomaba la brillante contera de una bengala grande y anchurosa. Cubría su cabeza un chambergo holandés, adornado de luenga pluma roja y de colonia, ó cinta negra, que se desbordaba por el ala, sobre la espalda.

En cambio bajaba por la cuestecilla, que no era otra que la llamada de la Montera,

una muger, con apariencias de dama, más que de quintañona, envuelta en larguísimo, tupido manto, muy echado al rostro, como viuda doliente.

Resbaló en un guijarro la señora, y acudió hidalgamente el caballero en su auxilio, levantándola del suelo con la misma facilidad con que el vendaval arrastra á la pluma.

—Págueos Dios, seor hidalgo, esta merced.

—Pagado estoy, solo con haberos servido. Mas... ¿qué es aquesto?... ¡Válame Dios, que me paga mejor de lo que yo creyera!... ¿Sois vos doña Guiomar?...

—La mesma soy, sierva del Señor y criada de vuestra merced.

—¡Oh, Guiomar!... ¡Venid á mis brazos! .. ¡Venid! ¿No me reconocéis?... ¡Fernando de Huelva soy!...

—¿Vos?... ¡Ay, don Fernando!...

—Diez días y más há que os busco por

toda la villa, sin poder hallar indicio de vos ni de Laura. ¡Ay, doña Guiomar!...

—¡Ya entenderéis nuestro duelo!...

—¡Bien amargo!... ¡Pobre, desdichado amigo mío el marqués!... ¡Ah, doña Guiomar; cuán desacertados son los poderes de la justicia!...

—El conde-duque...

—¡Miserable!...

—¡Callad, don Fernando; no os oigan!

—Óiganme; que ya he vivido por demás, y es mejor morir abrazado á la opinión valiente, que á la discreción de los temerosos.

—¡Ay, don Fernando!;—añadió, deshecha en lágrimas, la dama.—Mis ojos serán fuentes para siempre jamás; porque nuestra desventura no pide tregua.

—¿Y la inocente Laura, vive?

—Sí vive: muriendo; más llorosa y triste que yo; sin ventura, sin esperanzas; y así van su cuerpo adelgazando y su espíritu enflaqueciendo; hasta que Dios sea ser-

vido de quitalla deste mundo triste y azaroso.

—¡Cuánto ansiaba encontraros!... Iremos, pues, á vuestra morada, y platicaremos desto; veré á la sin ventura.

—Veréisla allí; porque su salud quebrantada la sacó del cenobio en que entró novicia.

—¿Cómo es ello!

—Caminaremos, si os place; y os narraré, al paso, la historia. ¡Ay, Dios y Señor nuestro, valednos!

—Sí valdrá; que Él es justo y es Padre común de las criaturas.

—Venid por acá. Y sabed agora, cómo á la muerte del padre de Laura fueron tan grandes la desesperación y el dolor de aquesta, que dió en la idea de consagrarse á la vida monástica; y con la ayuda de su reverencia el buen carmelita, fray Pedro de la Concepción, partióse á Avila.

—¡Decisión bien santa y digna de su angelical espíritu!

—Mas ved cómo los propósitos más decididos se derrumban á veces, por causas no esperadas: era tal el agobio que la regla recoleta causaba á la sensible y delicada Laura, que su confesor tomó á caso de conciencia exclaustrella; porque el médico temporal decía, que mi angel iba á morir, prosiguiendo en religión tan severa y estrecha. Mucho lloró la comunidad por ello; pues, en poco tiempo, habíase captado Violeta la estimación de todos.

—Mas, decidme: ¿quién es Violeta?

—Verdad que vos partísteis á poco de nacer la niña: su padre infortunado llamábala así, por recreo; y ella gustaba deste apelativo, porque era acuerdo y gusto del marqués. Mas... agora, decidme vos en qué empleásteis tan larga ausencia. Ya os habíamos llorado por muerto, don Fernando; que puesto que estuvísteis ausente más de tres lustros, caímos en la sospecha de que habíais dejado esta triste vida.

—¡No poco he sufrido en aquestos deciocho años!

—¡Tanto há que no nos vemos!

—Recordad que Laura había cumplido apenas un año cuando falleció mi Violante, en cuyos días partíme yo á la India; ¡así lloraron mis ojos cuando regresé, há dos meses, en una flota que tocó en el hermoso puerto de Valencia! ¡Tierra mía! ¡Tornaba á ella cargado de oro en la bolsa, pero, tambien, cargado de plata en los cabellos!

—¡Cambió, pues, vuestra suerte!...

—Saliéronme favorables los dados de la fortuna: rico soy; mas á mi grande amigo; á aquel que en días azarosos y de indigencia me recogió en su servicio, persiguióle el infortunio con saña, después de habelle colmado de valimiento y de honor. ¡Ciega y despiadada es la suerte!

—Pero no es ciega para herir; que aseta con su daga derechamente á los corazones.

—Bien decis, Guiomar; que desto sabéis, por dolorosa experiencia destes últimos tiempos.

\* \* \*

Llegaron á la casa, al cabo de una hora. Guiomar y Violeta vivían cerca de San Blás; y habíales cogido tan retirados á don Fernando y á la buena señora, que tardaron bastante en dar arribo á la vivienda.

Por un soportal se entraba en la casa, que era de modestísima apariencia, si bien tenía en la portada un escudo nobiliario, sobre la rota decoración de reminiscencia mozárabe, que agraciaba el muro.

Dió Guiomar dos golpes con la aldaba, y al punto fué franqueada la puerta, por la que penetraron la señora y el caballero. Una estancia cuadrilonga, que se hallaba á la derecha, y que tenía ámplia ventana á la calle, sirvió de estrado para aquella visita. La habitación tenía muros

toscas, que adornaban un tríptico viejo y varios otros cuadros de santos y santas. El techo descubría un sencillo artesonado de roble. Los vanos de la puerta y la ventana, decorábanse con cortinas de brocado, ya raídas y sin color.

Reducíanse los muebles, á un vargueño, seis sillas de vaqueta con asiento flojo, ó sea con el cuero sin atesar, y dos sillones de ámplios brazos y espaldares. Cubría el suelo un tapiz, deshilachado por sus bordes y algo gastado por su superficie; y en un extremo de la estancia, próxima á la ventana de la calle, alzábase una gran escudilla de aljófara, donde ardía confortable rescoldo, entre la ceniza conservadora del fuego.

Desembozó don Fernando las vueltas de su capa, y arrancó el sombrero de su cabeza, apenas entrado en aquella habitación, que parecía de monjas, por su olor suave y su aire templado. Sentóse junto al brasero y dijo:

—Ansioso estoy ya de conocer á Láura; mas puesto que aquí no se encuentra, dejalla en sus quehaceres, que yo he de aguardalla cuanto fuese menester.

—Haciendo oración presumo que estará en su cuarto. ¡Sólo vive para orar y sentir!

—¡Pobre víctima de las injusticias y de los contratiempos de la vida! Mas... ¡aquí estoy! A vosotras os tengo por toda familia: seré de vosotras amparo; y aquel grande protector mío, que estará en el cielo, pedirá por mí

—¿Qué decís? ¿Es cierto lo que oigo?... ¡Así Dios os dé largos años de vida y salud!... Aguardad. ¡Láura!... ¡Láura!...

Salió Guiomar de la sala, repitiendo el nombre de su pupila, en alta voz; lo cual azoró á Violeta, que, en efecto, hallábase retirada en su celda. Mas bajó al punto, algo confusa; y guiada por su amiga, penetró en la estancia donde esperábala don Fernando de Huelva.

Vióla, el caballero don Fernando, apare-

cer en el dintel y creyóla una de aquellas vírgenes blancas y rubias que él vislumbrara, alguna vez, en los retablos de los templos flamencos, cuando, en sus mocedades, paseó triunfante una pica por los revueltos Países Bajos.

Violeta era gentil; de grandes ojos azules; de tez pálida; de cabello ensortijado y aurífero, sujeto sin aliño con una *colonia* estrecha, de negro color.

Tenia triste la mirada, dulce la sonrisa, obscuras las cuencas de los ojos, diminutas las orejas, que acariciaban los abundosos rizos.

Vestía negras haldas y cotilla de la misma tela, del color de la noche; ambas prendas sin prendidos ni cintas, como traje de duelo; y era peregrino el contraste que se establecía entre aquellas ropas de luto y aquellas faz y manos, blancas como el nardo oloroso.

Entró Laura en la estancia, más bien deslizándose Augusta que andando confia-

da; y el hidalgo, al verla, alzóse de la silla, adelantóse y estrechó sus manos, que intentó besar amoroso y reverente.

—¿Quién sois vos?...—preguntó Violeta, con acento que parecía más bien melodía que palabra.

—Vuestro padre soy, Laura: dejad que bese estas manos de nácar, que han de acariciar mi vejez y cerrar mis ojos.

—¡Confusa me dejáis, caballero!—exclamó la joven, mirando elocuentemente á Guiomar.

—No temas; es don Fernando de Huelva: aquel secretario y familiar de tu malaventurado padre, que santa gloria haya.

—¡Ah, señor!...

—¡Ah, hija mía; prenda infortunada!... Pésame provocar vuestro llanto, mas no soy parte á interrumpillo. ¡Llorad, Laura, que él merecía estos transportes de dolor, como merece agora nuestra perdurable memoria!

Asentáronse los tres personajes; y luego

que en silencio lloraron Guiomar y Violeta y suspiró don Fernando, dijo éste así:

—Yo soy, adorable Laura, aquel grande amigo de vuestro padre, que del cielo goce; aquel confidente que disfrutó con él de venturosos días. Perdido había mi buen padre su fortuna, cuando yo vine al mundo; y quedáronme sólo un nombre honrado y una ejecutoria de nobleza más limpia y brillante que el mismo sol. Fué llena de adversidades mi vida, pero dejóme la suerte el beneficio de criarme junto á mi buen Rodrigo, vuestro padre natural; y digo natural, porque agora veréis que yo soy el aparente autor de vuestra existencia y que á vos corresponden mi nombre y mi fortuna.

—¡Hablad!...

—Oid: habiendo vos nacido de una dama preclara, pero en condiciones que á don Rodrigo no permitían reconoceros como bastarda, imaginó mi grande amigo el medio de daros un nombre que os defen-

diera de las malicias del porvenir; y como el marqués disponía de mí como de él mismo, pidióme que yo y mi esposa Violante, —¡Dios sea servido de tenella en su cielo!, —os echáramos el agua del bautismo declarándoos por nuestra hija legítima. Y así acaeció, en efeto: pues Violante, que era de natural amoroso, os acogió en sus brazos y regocijóse con la idea de haberos por hija, ya que el Señor no había querido concedelle descendencia. Mas, poco después de haberos bautizado y declarado por legítima hija de nuestro legítimo matrimonio, dejó Violante esta amarga vida, y yo me extrañé desesperado á lejanas tierras, dejando el arrimo de aquel cariñoso protector y amigo de la niñez, que había de subir á tan altas eminencias para bajar á abismos tan profundos.

Estableció el indiano caballero una pausa, durante la cual enjugó una lágrima de sus ojos, vertida en holocáusto del malaventurado don Rodrigo; y Violeta,

mirando atenta y plácida al hidalgo, que frisaba ya con la ancianidad, halló su semblante noble, austera su mirada, y respetables las canas de su abundoso bigote y su desaliñada cabellera.

—Un morisco, expulsado de Toledo,— continuó el de Huelva,—á quien hallé en la India, ofrecióme ocupación y asilo; pero, repugnando á mi conciencia la ayuda de aquel enemigo de mi religión, abandonéle bien presto; y á impulso de mi aventurero espíritu, herí las entrañas del suelo asiático y arranquéle sus fibras de oro; robé al Tibet sus olorosos palixandros; á las sagradas orillas del Ganges su flora medicinal; y, en poco tiempo, henchí la bolsa y vime dueño de una fortuna digna de reyes.

—¿Vos?...

—Yo mesmo, Laura; yo, que partíme sin un florín y sin familia; y que, habiendo hallado bienes, vengo á buscar deudos en mi patria. Vos, que sois mi hija, necesitáis un padre, y aquí lo tenéis, Laura; ¡abraza-

lle; que todo cuanto tiene, así en el corazón como en las arcas, es vuestro!

—¡Dios os premie tan santa caridad!

—¡Dios os conserve la vida luengos años!

—Sea; y á vuestro lado. Confundamos nuestro corazón, como agora confundimos nuestros brazos, en un lazo sólo.

Luego que esta demostración de mútua correspondencia dió fin, contó el aventurero que se proponía rehabilitar la ejecutoria de su padre, tomando el marquesado de Alsina, que le pertenecía por derechohabiente del último marqués; con lo cual ofrecía á Violeta el prestigio de una posición nobiliaria, junto al bienestar de una renta pingüe.

También habló don Fernando, previsivamente, de la necesidad en que estaban todos de dar apariencias de verdad legítima al engaño de su paternidad respecto á Violeta; pues si la Inquisición averiguaba alguna vez que Laura era hija bastarda de

Calderón y que él habíala declarado su hija legítima, le formaría proceso de falsario y quemaríale vivo, «para escarmiento desta culpa;» sin que pudiera esperarse que el santo tribunal declarara como acto de magnanimidad desinteresada encubrir una tal desgracia de origen.

—Con el alma os doy rendimiento de gracias, caballero don Fernando, por tantas mercedes como me dispensades; y sacando por vuestra bondad vuestra discreción, tengo por cierto agora que me ortagarédes licencia, antes de convenir ni decidir cosa alguna, para que consulte yo este caso con mi buena madre.

—¡Ah! ¿Vive aquella infortunada y engañada señora?

—Sí, vive; y es tan honesta y santa su vida, que borra cualquier yerro que haya podido cometer en otra edad. Ella desvélese por mí y arrostra los embarazos de su situación penosa, por valerme y asistirme; de que yo deduzco, que mi obligación y

compromiso es tomalle parecer en todo á su merced.

—Agora veo que la realización de mi sueño tropieza con alguna dificultad, antes no temida; ya que vuestra madre tiene, por lazos de la carne, más derechos que yo mismo sobre vos;—dijo, mientras empalidecía, don Fernando.

—No os entristezcáis—dijo Guiomar á este respecto;—que bien se me alcanza la decisión de doña Estrella, que ha de concordar con nuestro deseo: pues si es lo cierto que á ella correspóndele autoridad sobre Laura, no es menos verdadero que, por el bienestar y reposo de su hija, debe llevar á término toda una obra de resignación y desprendimiento; con más, la imposibilidad en que doña Estrella se halla de levantar á Laura al extremo que vais á subilla; amén del baldón que quita á su nacimiento vuestra hidalga empresa.

—Habla Guiomar, como yo hablar pudie-

ra, don Fernando; y parece que lee en mi corazón cuanto dice.

—Libre es en efeto, vuestro corazón, donde todo lo bueno y santo debe de estar escrito; pues ello se descubre, observado apenas.

—Así es, don Fernando;—dijo, sonriente, Guiomar.

—Calla esas alabanzas, muger;—habló Violeta, toda turbada y ruborosa...

\* \*

Llegó, á la mañana siguiente, á casa de Violeta, una dama bien encubierta por su mantelo. Señalaban las campanas la oración del mediodía, y terminaban apenas el rezo del *Angelus* nuestras Guiomar y Violeta, cuando la aldaba anunció la llegada de persona. Luego que describió Guio; mar la loba de la puerta, penetró la tapada, que, bien pisara el dintel, echó atrás la caída del velo. Era la tal dama, doña

Estrella de Aguilar, viuda de Céspedes, madre de Laura y ex-amante del malogrado marqués de Siete Iglesias.

Guiomar saludó á su señora con extremos de inefable alegría; y Violeta, como si fuese anunciada de tal visita por algún presentimiento, se asomó al zaguán y echóse en brazos de su madre, murmurando exquisitas palabras de amor, y besando aquel rostro pálido y bello, con filial deleite.

Las tres mugeres entraron en el aposento mismo en que don Fernando de Huelva fué recibido el día pasado; y lo primero de que se hicieron lenguas Guiomar y Laura fué de la extraordinaria, inesperada visita del caballero, y de sus propósitos favorables á Violeta; con más, de las noticias que aquél habíales dado, en relación á la partida de bautismo de la infortunada y amable joven.

— Sabía yo de esto, hija mía;—habló la viuda de Céspedes,—pues tu padre, que

gloria haya, amén, díjome que un su escudero ó secretario, de sangre hidalga, más amigo y confidente que criado, había hecho la benemérita obra de prohijarte con su esposa, cual si tú fueses hija legítima de su legítimo matrimonio; mas desconocía yo el nombre de tal caballero, y al repetillo vosotras en este instante, dáisme no poco que sentir; ya que este nombre de Fernando de Huelva fué el que tomó aquel desgraciado pecador para cortejarme y conseguirme. Y bien sabe Dios que nada desto lo repito yo con ira, ni menos lo cuento para herir, Laura mía, las delicadas fibras de tu alma; y es forzoso que conozcas los pormenores de tu origen y nacimiento, por mucho que ello te acibare el ánimo.

—Téngola templada ya para el sufrimiento, y una herida más resistirla puedo sin morir, hasta que Dios sea servido de quitarme destas penas.

—Dios misericordioso é infinito te val-

ga, hija mía, y te dé el bien que mereces en esta y en la otra vida.

—En la otra lo espero de Dios nuestro Señor.

—Así sea;—añadió Guiomar, suspirando.

—Tambien se me ocurre, hija de mi sangre, que al caballero don Fernando debemos sigilar el uso que tu padre hizo de su nombre para encubrirse con perfidia delante de mí. Acaso ignore este pecado; pues no es cuerdo pensar que él hubiera dejado hacer desaguisado alguno con mengua de su calidad; y si agora descubriese este proceder avieso, enojárase acaso.

—Sí callaré tal pormenor, madre mía; que puesto que vos no me lo hubiéredes advertido, tambien lo sigilara.

—Eres de talento agudo, hija, y no hay para mí pena mayor, que haberte lejos de mí lado; mas es fuerza hacello así, porque mi Luciano moriría de dolor si desto descubriese lo más leve. ¡Pobre hijo! Volvió

de Toledo, há cuatro días; mas, con tal desgano y mala color, que presumo tiene alguna enfermedad del ánimo, más que del cuerpo. Acomodáronse allí nuestros pleitos con la iglesia primada, habiendo más bien causa de alegría que de pesar para Luciano; y de ello colijo, que alguna bella toledana fué culpable desta melancolía.

—¡A Dios plegue dalle felicidad y bien! —exclamó Violeta, dirigiendo al cielo los expresivos ojos.

—Tu hermano es, no sólo por el linaje humano, por el cual todos lo somos; sino porque naciste del mismo útero que él, y á entrambos os amo con igual ternura. Mas, dime agora: ¿que opinión habedes formado, tú y Guiomar, de los deseos dese buen aventurero don Fernando?

—Yo,—contestó Guiomar, anticipándose á Violeta,—tengo para mí que don Fernando es un santo varón de los que merecen altar y candelas. Y puesto que

su fortuna y su nombre han de ser de mi Laura, ¡viva mil años su merced y echémonos en sus brazos, si vos, doña Estrella, lo consentís!

—Cosa es de pensar y medir, hijas: mas agora decidme si sabedes del condesito de Robáyna; que aunque dél no platiquemos, yo bien sé que con la mente, habla no poco mi Laura á su recuerdo.

Toda rubor tornóse la dulce faz de Violeta; mas, aplacada su turbación, á poco, dijo de esta suerte:

—¡Ay, madre: ya no me es dado aguardar nada del conde, puesto que él, como yo, retiróse al cláustro! Y..., como he de deciros todo lo que en mi ánima sienta, os diré que para cuando mi salud se fortalezca, que pienso será presto, con el favor de Dios, holgárame de tornar al monasterio de Avila, si me diérades para ello licencia.

—¡No será sin aguardar á mayores sucesos, hija mía! Ha de atender la sencillez é inocencia á la enseñanza de la razón expe-

rimentada, que reside en las criaturas de mayor edad; y yo así te digo, que, puesto que don Fernando de Huelva trata de hacerte presente al mundo como su hija, tendrá medio entonces el de Robáyna para pedir tu mano de esposa, sin menoscabo de su limpia sangre.

—Mas si hubiese tomado órdenes...—  
balbució, temerosa, la gentil Violeta.

—No tomará;—añadió Guiomar;—pues sé, bien sabido, que su padrino aguarda, para toda decisión, futura á la venida del almirante, padre de don Rodrigo; y mientras, ha de variar tu posición en la corte.

—¡Sólo deploraré, hija mía, que á otra mujer hayas necesidad de llamar madre!  
—habló doña Estrella, con algún pesar.

—Viudo es don Fernando,—agregó Guiomar;—y no hay temor de madrastra por hoy día.

—¡Dios sea loado! ¡Espera, hija mía, en Dios!...

—Él me sostiene; porque, ya lo dijo

nuestra madre santa Teresa de Jesús:  
«Sólo Dios basta.»

Con esta reminiscencia del convento, dió  
fin Violeta al diálogo.

## II

Moría la tarde, en su lecho de nubes rojas, cuando un hombre larguirucho, y no muy bien aderezado, llegaba á casa de la viuda de Céspedes, demandando ver á don Luciano y hablarle.

Salió al zaguán la dueña de doña Estrella, y, como vió al recién llegado, díjole:

—¡Válame Dios; pues es Buendía!

—El mismo soy, doña Loreto; que puesto que he sabido la llegada de vuestro amo y encuéntrome sin ocupación, desde aquel hora en que mi señor se fué al monasterio, quiero suplicalle de hinojos que

me tome por criado; y si vos me valéis, tengo por cierta mi ventura.

—Conózcote de antiguo, Lorenzo, y de buen grado hiciera lo que me pides; mas no me atrevo agora á decir palabra dello á su merced, porque está huraño desde que vino de Toledo. Más bien tú, con aquel impulso disculpable de quien necesita lo que demanda, podrás hacello.

—Paréceme que el dado va á salirme con pérdida, según colijo; pues cuando un hidalgo está de mal talante, mejor es torcer la esquina; mas, en fin, puede tanto un «no tengo» que há menester acercarse al «perdonad, hermano.» Haced, pues, doña Loreto, que el amo sepa mi propósito de importunalle; porque, como dice el refrán: «quien no va á galeras, no sabe de remos.»

—Aguárdate un punto.

—Sí aguardaré.

Esperó un largo rato el pobre Lorenzo Buendía; y, al cabo, bajó la dueña y dióle la grata nueva de que don Luciano estaba

propicio á recibirle. Subió entonces el escudero tras la señora; y pasando por un corredor ó galería que cerraban dos góticas vidrieras de colores, paráronse delante de una puerta, que cubría obscuro tapiz.

—Aquí está ya el escudero;—dijo doña Loreto, en alta voz.

—Venga adentro;—contestó el de Céspedes.

Y entonces Buendía levantó el tapiz, asomó por él su cara triste y pálida, y dijo dénuamente:

—Bien hallado sea mi señor, don Luciano de Céspedes, y viva años mil por esta merced.

—Adelántate.

—Sí haré: aquí estoy ya á vuestras plantas, implorando el socorro y ventura de vuestro arrimo. ¡Ay, seor caballero don Luciano!; de más sabedes, por vuestro amigo y mi amo el señor conde, cuán leal y fielmente sirvo yo á los que en su cuidado me emplean; y aunque desto yo hablar

no debiera, por ese *plurito* que llama á ser modesto, mejor es echar pellillos á la mar y decir que no hay criado de mejores prendas que este que os habla.

—Levanta del suelo, bellaco.

—Ha de ser con vuestra venia. Y, así, levantado estoy ya.

—¿Qué es lo que de mí pretendes?

—¡Ahí es nada! Que vuestra señoría me tome por escudero ó paje, sin otro salario que el de calzarme, vestirme y darme de yantar; y yo os fío, que no os arrepentiréis de la obra, ¡así Dios os tenga de su mano!

—¿Y de tu señor el conde, qué nuevas sabes?

—¡Ay, don Luciano!, que no há tres días ví á su merced en el convento, pues pedí licencia al superior para hacelle visita, por el mucho cariño que guardo á mi señor. ¡Ay, si le viérades!. . No parece la misma persona, de lo flaco de cuerpo y melancólico que parece! Todavía es novi-

cio, hasta que retorne su excelencia el señor almirante, que se aguarda sea presto, con el favor de Dios. Entonces echará votos mi señor.

—¡Majadero! ¡Qué ha de echar votos, si eso es cosa de desesperados y endemoniados! Hará votos, dirás mejor.

—Eso decir quise, mi dueño. Y pues veis que así os llamo, dadme licencia para ser de veras vuestro paje.

—Veamos qué comisiones sabes desempeñar.

—En no siendo de cocina, sirvo para todo evento, como un prodigio.

—¿Sabrás bien la doctrina?...

—Y un poco de letanía; y algo del oficio que llaman *parvo*; y sé entregar escritos y recoger respuestas; anunciar visitas y negar al dueño; seguir damas, calentar los hierros del bigote... y hasta acuchillar en caso de apuro.

—Si mal no me acuerdo, don Rodrigo abominaba de tí por descuidado.

—No; sino por un es no es desmemoriado, que dicen flaco de memoria; mas aquesto sucedía, cuando mi amo dábame varios cometidos á la vez; que cuando era uno solo, y bien entendido por mí, no había quien me ganase por la mano.

—Pues por hacerte merced te tomo; mas vé cuál te conduces, para que te sea largo el oficio.

—¡Viva doscientos años y más vuestra merced!

—Y ahora, sal afuera y preséntate á mi señora madre, diciéndole que te he tomado á mi servicio, contando con su venia y licencia.

—Eso es de buena crianza y respeto que llaman filial; y así, lo haré de buen grado.

\* \* \*

Cierto era que Luciano, desde que volvió de Toledo, tenía fosca la cara, suspirantes los labios y desgano el apetito;

por lo que doña Estrella temía que algún oculto contratiempo aquejara al mancebo; mas, por mucho que le sondeaba con ruegos y preguntas, no daba á entender ni pizca el melancólico galán.

La causa de esta tristeza la verá, no obstante, quien leyere: y era, que habiendo durado la estancia del doncel en Toledo algunos meses (cuando pensaba que su comisión sería cosa de dos semanas), tuvo buen tiempo de revolver toda aquella casa solariega, que en la ciudad imperial hallábase al cuidado de un viejecito intendente, muy probo y recto.

Y, cierta vez, abría un vargueño, obra de moriscos, que era por extremo artístico y valioso; y, persuadido de que aquel mueble debía de tener algún lugar secreto, dió en la pueril curiosidad de encontrarlo; creciendo más su interés cuanto más se hacía la operación difícil y negativa.

Al fin, cuando descubrió una ranura, por la cual corría un disimulado tablero, y

tiró de éste, sacándolo, quedó al descubierto un cajoncillo de perfumado cedro; de cuyo frente pendía un breve aldabón oxidado. Tiró del colgante hacia afuera, y el cajoncito salió, mostrando su interior, todo lleno de papeles doblados; algunos de ellos con el sello roto, como de haber sido abiertos y leídos.

¿Qué documentos secretos podían ser aquéllos, escondidos á las miradas indiscretas? Acaso papeles viejos, sin importancia alguna, dejados allí por olvido de su madre, cuando, al trasladarse definitivamente á Madrid, llevóse todo su archivo.

Desplegó Luciano una de tales hojas de papel y leyóla, primero con frialdad; con avidez luego. ¡Oh, oculta fuente de deshonor, que, impremeditadamente, dejaba correr el desventurado Luciano!

Aquellas letras, encabezadas con una fecha, que era del año 1602, publicaban un secreto, el cual entraba como daga en el corazón de Luciano. Hablaba aquella tier-

na y amorosa carta, que era dirigida á doña Estrella, de perdurable pasión; de seguridades respectivas al porvenir de una hija, habida del firmante *don Fernando de Huelva* y de la madre del caballero que la carta leía, y que soportaba aquella afrenta en el silencio de su gabinete; sin otros testigos que Dios y él; mas en pleno estupor.

Tres veces leyó el de Céspedes aquella misiva; porque, de cuanto aprendía en ella, dudaba. ¿Podría ser cierto lo que despiadadamente le descubrían las palabras escritas?... ¡Su madre.! ¡aquella dama encargada de guardar un nombre hidalgo y una honra sin tacha; aquella muger que lloraba á todas horas, que oraba todos los días, que besábale, con inefable dulzura, tantas veces!...

Horrorizóse Luciano del resultado de su curiosidad, y no quiso desdoblar los otros papeles: inspiráronle miedo. Mas sacólos todos, animosamente, y, envolvién-

dolos y atándolos con un cordón, guardólos en un armario donde tenía varios objetos, que había de llevarse á la corte.

Luego se echó sobre un sillón de vaqueta; pues los brazos en el pupitre que tenía delante, y caviló. Sudaba copiosamente y tuvo necesidad de cerrar los ojos, sintiéndose más que desvanecer, morir.

Repuesto, luego, un tanto, pensó interrogar al viejo intendente de la casa, por si podía darle luz sobre aquel caso deshonroso, que le había turbado tan grandemente; pero convencióse, más adelante, de que el asunto era propio para tratado en el mayor y más prudente secreto. Y, bien mirado, ¿qué necesidad tenía de investigar hechos ni de adquirir testimonios, cuando aquel número de cartas (si los demás documentos por él guardados lo eran) podía contestar, acaso, á sus preguntas?

Indagaría, no obstante, quién era don Fernando de Huelva; averiguaría si aún

residía en Toledo. Y si vivía el burlador de su madre; si no era el de Huelva un sér ideado por algún espíritu del infierno; ganoso de acibararle la vida y la juventud; si era persona real y humana, llegaría adonde quiera que existiese y le atravesaría el corazón en lucha mortal: en juicio de Dios.

Desde aquel momento, puede decirse que cayó el peso de veinte años sobre el semblante de Luciano de Céspedes: su fisonomía apacible trocóse en la adusta carátula de los seres que viven una vida de contrariedades y dolores. Las palabras no brotaban ya suaves ni discretas de los labios de aquel galán: los juramentos y las blasfemias surtían de su boca, con espanto del viejo servidor, que no se explicaba aquel cambio, verdaderamente lamentable.

Ello ocurrió, cuando ya tenía zanjados el de Céspedes los asuntos que le llevarán á Toledo; mas, no obstante haber termi-

nado allí la misión de Luciano, éste se detuvo en la gran urbe histórica, ganoso de buscar al caballero don Fernando de Huelva. No poco indagó á este propósito, si bien hizolo reservando el motivo de la busca; y, sobre todo, sus ánsias de reivindicación; pero no logró el apetecido resultado, con lo cual partióse luego á Madrid, llevando consigo las cartas del de Huelva, aunque no pensara, por entonces, usar de ellas para maldita la cosa.

Tal era el motivo, la causa de la melancolía que doña Estrella observaba en su adorable hijo Luciano; mas no conocía la viuda de Céspedes, sino el efecto de aquella causa verdaderamente sensible.

### III

Continuó el de Huelva sus visitas á la morada de Violeta, hasta dejar acomodado el simpático proyecto que entre manos traía; y, después de una deliberación, en que intervino el confesor de Laura, acordóse acceder á lo propuesto tan noblemente por don Fernando; y éste, que no mostraba pereza en la ultimación de sus negocios, tomó un hermoso palacio, próximo al Buen Retiro, y lo alhajó con la austera elegancia, propia de la época del renacimiento.

Mas no descuidó, mientras los carpinte-

ros, artífices, y demás gente de oficios hacían sus primores en la casa, el menester relativo al marquesado de Alsina.

Fué y tornó; habló con reyes de armas y vinculadores de ejecutorias; elevó las instancias que eran de derecho, y, mediante un puñado de doblas, puso, como se dice, la carroza en buen camino.

Doña Guiomar y Violeta acabaron de aposentarse en el palacio, viviendo en él; aquélla, como dueña, aunque con mejor salario; y Laura, como hija de don Fernando de Huelva. Y en verdad que no costó trabajo á Violeta llamar padre á quien tan de buen grado y cariñosamente, la protegía; dándose el caso de que, pronto, sin olvidar al padre verdadero, amase Laura al fingido.

Mas no por haber cambiado de asilo, cambió la doncella de costumbres: siguió encerrada en su melancolía, y tan propicia como siempre á la vida monástica. Rodeábala don Fernando de toda suerte de

bienandanzas y comodidades; mas Violeta era refractaria á los goces mundanos, placiéndole más la meditación y el rezo que los paseos y la comedia. Don Fernando había comprado derecho á un aposento del corral del Príncipe; mas tuvo que acudir solo, durante varias tardes, á la farsa, por que Violeta se negaba á ello rotunda, aunque suavemente. Tampoco era dada á gastar brocados ni alepines en sus haldas y polleras, ni á emplear ricos encajes en sus valonas ó en los vuelillos de sus mangas.

Desdeñaba los jubones emballenados, porque eran de damas que querían corregir el busto, mostrándolo más á lo vivo; y en cuanto á afeites para el rostro, no gastaba más que el agua pura; porque decía, que si otras damas poseían arquillas rellenas de menjurges, ella tenía las ocupadas por libros de buenas y santas oraciones. Era, pues, modesta en el vestido; parca

en el arreglo; en el divertimento sóbria y en la moralidad excesiva.

Tambien en su nueva casa visitábala doña Estrella, aunque más de tarde en tarde, y usando de precauciones necesarias; y gozaba espiritualmente la madre, viendo á su noble hija rodeada de tantos cuidados y solicitud.

Don Fernando, que era tan discreto como hidalgo, rara vez interrumpía las visitas de doña Estrella; pareciéndole que la madre y la hija habían menester soledad entre si, para comunicarse todos sus pensamientos íntimos, sin obstáculos de testigos impertinentes; y, por ello, había recomendado á doña Guiomar, que, cuando la viuda entrase, dejárasele á solas con Violeta.

En este estado pasaron dos meses, sin que los acontecimientos adquirieran otra variante ni otro color; hasta que las cosas comenzaron á tomar nuevo rumbo, según se verá en lo que sigue.

\*  
\* \*

Sin percatarse el famoso conde-duque de Olivares de que, en don Fernando de Huelva, tenía un oculto enemigo, concedió-le la real cédula por la que el rey le declaraba sucesor del marqués de Alsina, previo el pago de derechos de annatas y lanzas; con lo que don Fernando ostentó aquel título, ganoso de sumarse á los nobles descontentos, que, en la corte, conspiraban contra la privanza del primer ministro.

No quiso hacer don Fernando la vida palatina; como si Violeta le hubiese contagiado de aquel afán de soledad y modestia que ella experimentaba; pero, á virtud de su nueva posición, comenzó á fijarse en él la corte, y corrieron, respecto al origen de su fortuna, los más curiosos cuentos de dueñas que imaginarse pueden.

Ello era, que así como otros magnates de la corte lucían por sus espléndidos

saraos ó por sus prodigalidades estupendas, el marqués de Alsina, y su bellísima hija Laura, llamaban la atención por el régimen conventual de su casa; por la sencillez de su vida; y, sobre todo, por el apartamiento en que se hallaban constituidos con respecto al gran mundo.

Las personas que tenían su morada cerca de la del marqués, sólo veían entrar en la casa de éste, muy de tarde en tarde, á una señora tapada, que llegaba á las primeras horas del día; y, frecuentemente, al venerable fray Pedro de la Concepción, del orden carmelita.

Pasados los primeros días, ó, lo que es lo mismo: admitido ya el nuevo titulado en la esfera cortesana, cesaron la hablillas, acabáronse los comentarios, y tomaron las gentes al marqués de Alsina y á su hija *como eran*; sin extrañarse ya de su retraimiento; sin sacar romances picarescos, como entonces solían, sobre la vida de aquellos austeros personajes.

Otra circunstancia digna de mención había ocurrido últimamente; y era, que, desde cierta mañana en que Laura y doña Guiomar fueron á misa de doce, á san Blas, que allí estaba próximo, siguióles un apuesto caballero, quien, desde entonces, rondaba la calle á ciertas horas, cuando ya la tarde iba declinando y retirándose el sol.

Bien pronto comprendió Violeta que aquel galán la cortejaba; mas ni siquiera por curiosidad atisbóle á través de las vidrieras, puesto que Laura tenía formado propósito de no admitir galanteos, y de consagrarse al estado religioso. No le imitó Guiomar, sin embargo, en esta indiferencia; pues, en cuanto llegaba la tarde, acechaba con recato al doncel, y, no bien le descubría, participábalo á Laura, haciendo encomio de su apostura sin igual, como medio de curar con un amor nuevo la melancolía que el otro infortunado amor había dejado en el ánimo de la triste y adorable doncella.

Y, una de aquellas tardes, dirigióse Guio-  
mar á una sedería de la calle Mayor, con  
propósito de comprar madejas de sirgo,  
cuando acercósele el *caballero de la color  
pálida* (como ella nombraba al galantea-  
dor) quien le dijo estas palabras:

—Dama ó dueña, quien quier que seáis:  
yo os pido que me escuchéis un punto;  
pues de más se os ocurre la intención que  
con deteneros llevo á cabo.

—¡Qué he de saber yo, cuitada de mí,  
cuando á fée no os conozco!

—Conocéisme lo bastante; pues ha días  
que me véis merecer á vuestra señora, que  
es, á lo que dice el vulgo, la hija del caba-  
llero marqués de Alsina. Noble soy, asímes-  
mo, por mi cuna, y holgárame de que  
estas letras que aquí veis fuesen entrega-  
das por vos á la bella, cuyo desdén me  
mata. El cielo os premiará esta buena obra  
y yo os daré las albricias que merecié-  
des por ello.

—Perdonad, caballero; mas se me alcan-

za que doña Laura,—que así se llama mi señora,—no habrá de tomar en su mano pliego alguno, por la aversión que tiene á todo amor que no sea el de Nuestro Señor Jesucristo; y, así, excusadme desta comisión, y ved en qué otra cosa puedo valerlos.

—No sino en aquesta; que leer cartas de hidalgos no es mengua para dama ninguna; y así, yo os ruego que tengades á bien de entregalle á doña Laura este papel, aunque quiera mi mala ventura que sus letras no hayan de lograr el bien inseguro que pretenden.

—Mas decidme, caballero, vuestro nombre.

—Ello es discreto y pertinente al caso; oído pues: don Luciano de Céspedes.....

\* \* \*

La inclinación que Luciano había comenzado á sentir por la bella Laura, llegó á modificar un tanto aquel secreto anhelo

de venganza que venía sintiendo contra don Fernando de Huelva. Diríase, nó que había olvidado el importante asunto de su honra, mas sí que, con este cuidado, compartía el de su amor, dividiendo, pues, su preocupación entre uno y otro.

Un día, después de haber entregado Luciano á Guiomar el pliego para Violeta, dijo así el enamorado á su nuevo servidor, Buendía:

—Has de situarte hoy, á la hora de visperas, junto al Buen Retiro, aguardando la llegada de una dueña que te habrá de dar para mí alguna comisión: y del sitio en que pares, no has de salir ni entrar, sino estar quedo; hasta que la tal dueña llegue.

—En cuanto á aguardar, no me importa una higa estar al acecho dos días con sus noches; pero lo de estar parado es lo que no podré cumplillo; así, deme vuestra merced licencia para dar pasos arriba y abajo, mas sin salir de aquel alrededor.

—A lo que entiendo, tienes el caletre

muy poco en su sitio, bellaco. ¿Había yo de mandarte estar inerme, voto al infierno?

—¡Ay, señor, no vote vuestra merced, que ya he comprendido la intención, y juro por todos los santos y santas, que habré de poner esmero en desempeñar aqueste difícil trabajo! Quedad á Dios, pues, mi amo, que con el mensaje volveré presto; ¡así el cielo me dé blancas!

\* \* \*

A punto de noche tornó Lorenzo, cuando ya don Luciano se impacientaba; y he aquí el diálogo que tuvieron el escudero y el hidalgo:

—¿Cómo has echado tanto tiempo en esta comisión? ¡A fee que eres ligero; bobo de Cória!

—No es mía, por cierto, la culpa desta tardanza, porque no hará un rato tan largo como un credo, que pareció la dueña.

¡Y sabedes que ésta es amiga mía y la llaman doña Guiomar de los Barros! ¡Por cierto que era la servidora de doña Violeta, la amada de mi señor, el conde!

—Mas ¿qué te dijo?

—Díjome muchas palabras de sorpresa en cuanto me vido el rostro; y hallóme más flaco que jamás.

—¡No es eso, alcornoque! ¿Me importa á mí tu flaqueza? Hablo de la respuesta que para mí te dió.

—A la respuesta iba; pues díjome la dueña, que su señora no podía contestar á la carta, por haber hecho voto de no escribir letra á ningún galán, y que, no obstante, os agradecía su ama la merced, como le mandaba la buena crianza. Pero todo ello díjolo doña Guiomar tan turbada, que, á fee, no me pareció la misma de otras veces. Preguntéle por su antigua señora doña Violeta, y me dió un remoquete, diciéndome:—¡Cállese el escudero simplón y curioso y métase donde le

llamen, no donde le dén con la puerta en la frente!—Y murmurando oraciones, que no me parecieron santas; fuése depriesa.

—Mas dime, pues algo de lo que me contaste dejóme suspenso: ¿tú conoces el semblante de la amada de tu otro señor?

—Vile dos veces, si no me engaña la bolsa de los recuerdos que llaman memoria.

—¿Y cómo era el rostro de aquella dama?

—Una vez, pálido; otra, encarnado.

—Eres simple como ningún otro escudero; pues ¿cómo puede ser ese cambio?

—Porque una vez tenía doña Violeta el semblante natural y otra sofocado de lágrimas y suspiros.

—¿Mas se llama aquea dama doña Violeta, y no doña Laura?

—Doña Violeta; en esto sí que estoy firme y sabidor; aunque se me ocurre que en toda la letanía de los santos no se encuentra este nombre; por que yo no he oido cantar: *Sancta Violeta, ora pro nobis.*

—¿Y esa doña Violeta era hija del marqués de Alsina?

—Ignórolo; que pues mi amo no sabía tampoco ni un ardite deste respeto, yo menos podía adivinallo, como no fuese brujo de los que tuestan en la plaza Mayor.

—Bien; déjame agora.

—A Dios quedad, mi amo.

Habiendo despertado en la mente de Luciano la sospecha de que su amada pudiera ser, por acaso, la misma que ocupaba el corazón de su amigo el conde de Robávna, imaginó que era acción prudente la de visitar al buen Rodrigo, á quien, por otra parte, tenía ya deseos de ver y consolar en sus aflicciones, para hablarle de aquella posibilidad. Decidió, pues, la visita para el día siguiente, y encaminóse al monasterio, llevando en el pensamiento la lucha de sus ideas antitéticas de venganza y de amor.

Mas no le fué posible hablar aquella vez con su camarada, porque la comunidad

estaba en el refectorio; y no podía ser llamado ninguno de sus miembros, para recibir visitas, si nó era en las horas adecuadas, de que Luciano fué instruído.

\* \* \*

Cuando volvió del convento, pasó por delante de la casa de Alsina, sin lograr ver á la dueña; mas, no por ello se detuvo mucho espacio en aquel lugar; puesto que, preocupado con la sospecha de que Laura y Violeta eran una misma, había acordado no insistir en sus querellas amorosas hasta descubrir el misterio; ya que, si la dama que á él placíale tanto, seguía siendo amada por Rodrigo, no era caballeroso tratar de burlarle.

Apenas dió algunos pasos por delante del palacio, se encaminó á su casa; y, entrando en la sala donde doña Estrella hacía labor, sentóse á la vera de su madre, pensativo y callado, lo que dió lugar á que la viuda le escrutase disimuladamente.

Al cabo, dijo doña Estrella.

—Apenada estoy, hijo mío, con la melancolía que trujiste de Toledo: y es fuerza que, por fin, me descubras la causa dese mal que te aqueja el alma. No te hablara dello, otra vez, si ya no supiese que son causas de amores las que te traen sorbido el seso; mas por palabras sueltas que he cojido á la servidumbre, entiendo que amas y no eres correspondido.

—Presto llegó á vuestros oídos la causa de mi mal; y pídoos perdón si no os hablé de aquesto. Mas entended, madre, que yo no habría de dar un paso adelante sin confiároslo, como es obligación mía; sólo que, hasta de presente, no hubo sino puerilidades, que no tienen aún raíz de compromiso alguno.

—Mas dime, hijo mío, ¿por qué es tan grande tu preocupación por esa dama? ¿Desdénate? ¿Tiene otros amores?... Ó ¿no es digna de tu linaje?

—No sé si me desdeña ni si otros amo-

res tiene; que esto es lo que averiguar me toca, por voces que he oído; mas de noble cuna sí es, y cuanto á hermosa, dijérase que es querube, más que criatura humana.

—¡Qué me place, hijo mío! Hora es ya de que tomes estado; ¡así Dios nuestro Señor te haga feliz! Y en cuanto encuentres la digna compañera de tu vida, pondréte en posesión de los bienes que te tocaron por testamento y codicilo de tu padre, que santa gloria haya; y viéndote dichoso, se acrecentará mi ventura.

—¡Que el cielo os premie!

—No es esto, sino deber de toda madre; y así lo haré, para que Dios me perdone mis muchos pecados.

—Sí perdonará, madre mía; aunque no deben de ser tantos.

Suspiró en esto doña Estrella y bajó los ojos, pareciéndole que su hijo envolvía alguna intención en aquellas palabras.

Y después de una pausa, dijo la viuda de Céspedes:

—¿Conociste, seguramente, en Toledo á la doncella que amas?...

—No, sino en la corte.

—¿Pues cómo nacieron tu desgano y melancolía en Toledo?... ¡Por Dios, hijo mío, que seas veraz con tu madre! Porque ¿á quién se han de contar mejor las cuitas si no es á las personas que no aman? Ya que allí dejaste acomodados nuestros asuntos, ¿qué sucesos te acaecieron para quitarte el júbilo de alma y la color del rostro? ¡Por el cielo te conjuro á decirme todo tu pesar!

—Madre...: prefiriera callar mi dolor, por ser el puñal que me hiere de filo doble, con el que habré de herir también vuestra ánima.

—¿Qué dices?....—preguntó, empalideciendo, la viuda.

—Mas ya que habemos venido á esta confianza, y puesto que con súplicas me pedís confesión dello..., os diré el caso.

—Habla, hijo mío.

—Quiso la suerte aciaga, que yo tropezase con ciertos papeles escondidos en el vargueño morisco que quedó en nuestra casa de Toledo.

—¡Ah!...

—Y en ellos, madre mía, aprendí la vuestra y mi desgracia: aquesto es todo.

Inclinó doña Estrella la cabeza; enrojeció, lanzó un suspiro y habló luego, procurando dar reposo á su acento turbado:

—No culpes en todo á tu malaventurada madre, hijo mío.

—¡Culpalla, fuera desamor!

—La inexperta juventud y la soledad, juntas á la asechanza del enemigo, que urde sus traiciones doquiera, fueron la levadura deste bochornoso pecado mío.

—Callad, madre: no os atormentéis así. Mas decidme, (si sabedes algo de ella) la residencia del infame que abusó de vuestro candor é inexperiencia. Ocurrido el mal, solo nos resta reivindicarlo con la espada; y es bien que una madre burlada,

tenga un hijo vengador. Decidme, pues.

—Cesa, hijo mío: el causante de tan bárbara iniquidad, es ido deste mundo.

—¿Murió?

—Sí, hijo mío: Dios le habrá ya juzgado; perdonémosle nosotros, para que Dios nos perdone asímesmo.

—¡Desgracia es esta, no por oculta, menos grande para mí!

—¡Perdóname á mí también, que deste mal soy parte!

—¡Oh, madre mía! ¡Cuánto habréis llorado en silencio y secreto!

—¡Todavía no han concluído mis lágrimas!

—¡Dios sea servido de consolaros!

—Hágase su divina voluntad, amén.

El buen Luciano dirigióse á su cámara, donde Buendía avivaba el fuego de la chimenea, en que chisporroteaban los maderos encendidos.

Apenas vió Lorenzo á su señor, lo miró con ojos lacrimosos y díjole:

—No creais, mi dueño, que tenga ningún pesar sobre mí; pues aquestas lágrimas que me corren por la cara abajo, son del humo que he levantado al soplar el fuego.

—Presumes de bufón y antes me pones, con ello, colérico que alegre.

—¡Válame Dios! Esta es desgracia mía; que todo me sale á la contraria. Mas agora he de decir á vuesa merced, cuanto he averiguado al tanto de la casa en que doña Guiomar sirve: y es que los señores de aquel palacio son poderosos, por haber traído su fortuna de las Indias, en una galera cargada de pepitas de oro, tan gordas como almendras; *item*, los susodichos señores son de natural hosco y metidos en sí, aunque buenos cristianos; y la dama que vos cortejais, llámase doña Laura; y su padre, el marqués de Alsina, se llama, por nombre natural, don Fernando de Huelva. De más de esto...

—¿Qué has dicho?, —preguntó Luciano,

interrumpiendo á su escudero; levantándose y revelando la sorpresa en su mirada.

—¡Ay, mi amo!... ¿He pronunciado alguna palabra sándia? Pues téngala vuestra merced por no dicha; que yo ¡júrolo por mi fee!,—no he reparado en ello.

—Repíte ese nombre; repítelo.

—¿Qué nombre es él?

—El del marqués de Alsina; presto, repítelo.

—Paréceme haber oído, que don Fernando de Huelva era su gracia; mas no se me alcanza el mal que hice mentándolo.

—¡Yo pierdo el seso! Pues mira que si de mí te burlas, bellaco, te pasaré de parte á parte.

—Agora he hablado de veras, mi amo; que, en adelante, (por lo que veo os enojan) no he de usar bufonadas. Mas sepa yo qué yerro he cometido..

—Ninguno. Vete afuera.

—A Dios quedad. (A lo que entiendo, se ha turbado un poco del cerebro).

Apenas quedó á solas el de Céspedes, dióse á cavilar en lo que le había descubierto su paje: ¿sería cierta la noticia?... y si lo era; si don Fernando de Huelva no había muerto, ¿por qué doña Estrella negaba su existencia?... Acaso por evitar el suceso luctuoso que era inminente, aseveró doña Estrella el óbito del de Huelva, sin esperar que tan presto iba á conocer su hijo el inocente engaño.

Mas no era prudente lanzarse *ipso facto* á la aventura de retar al marqués de Alsiña, sin adquirir la convicción plena de su culpabilidad. Podía ser, aquel don Fernando de Huelva, otro caballero distinto del que buscaba: un homónimo del burlador. La prudencia aconsejaba, pues, esperar, comprobar, inquirir, antes de resolver el duelo.



#### IV

Fué, al día siguiente, doña Estrella á casa de Alsina, tan cubierta y recatada como de ordinario. Ya hacía más de una semana que no sabía nuevas de su adorada Laura; y, por ello, ardía en deseos de verla.

Supo allí, que su hijo Luciano había comenzado el asedio de Violeta; y esto la llenó de preocupación, comentando con su hija y con Guiomar las coincidencias de que se vale la suerte para enredar, á veces, la madeja de los sucesos.

Refirió doña Estrella á Laura el descu-

brimiento que Luciano hiciera, en Toledo, de los amores de ella, y del nacimiento de su hija; y acabó diciendo:

—Es de todo en todo necesario, hija mía, que puesto que mi Luciano conoce tu existencia, yo le diga, in continenti, que eres tú su hermana; pues este amor, que ahora empieza en él por tí, debe atajarse presto, para que no caiga en el pecado de incesto, que es uno de los más graves pecados de las criaturas. ¡Cuánto pesar costarame hablar deste asunto con mi hijo! Mas es forzoso apagar el fuego que comienza, para que las llamas no se levanten á una altura que hagan su ahogo imposible.

A poco, tornó á su casa la viuda de Céspedes y supo que estaba ausente de ella Luciano; por lo que aguardó ocasión de hablarle del asunto, en la forma que ya traía pensada, ó sea con pocas palabras y con ruego de que no se hablase más del negocio.

Cuando Luciano de Céspedes entró en su domicilio, que fué á la hora de comer, penetró, como de costumbre, en la estancia donde doña Estrella se sentaba á hacer sus labores; y, acercándose á su madre, besóle la mano, como él solía.

—Siéntate, hijo mío, y escucha lo que á decirte voy; suplicándote rendida *que no se hable más dello*; sino que, oído lo que he de noticiarte, guardes silencio, por lo mucho que me hiere todo comentario y consideración que se me haga sobre este penoso asunto.

—Hablad.

—He sabido, hijo de mi alma, que has puesto los ojos en una joven de que ya me hablaste. Pues bien; desecha ese amor, desventurado hijo, porque Laura es tu hermana...

No pudo continuar doña Estrella, porque las lágrimas le ahogaron la voz. Palió Luciano, bajó la frente, crispáronse le las manos, y lanzó un suspiro hondo y

grave; mas no habló palabra, tal como se le había pedido.

\*  
\*  
\*

Por no aumentar la zozobra de su madre, sentóse Luciano á yantar; mas apenas probó vianda; en lo cual siguió su ejemplo doña Estrella, que, aun imponiéndose titánicos esfuerzos de la voluntad, no podía manifestar delante de su hijo una calma que distaba mucho de la tempestad desencadenada en su espíritu.

Cuando se levantó Luciano de mal comer, no fué sin rezar, con su madre, tres padre-nuestros y un *requiem*, ni sin repetir la consabida frase: «Gracias sean dadas á Dios, que nos lo dió sin merecello.»

Entonces se dirigió el joven hidalgo á su gabinete, y con la fría calma de quien ha adoptado una resolución decisiva, sentóse delante del escritorio, tomó una pluma de ave, tajóla nerviosamete, extendió un papel, y escribió lo que sigue:

«Al marqués de Alsina, don Fernando de Huelva. Si sois hidalgo, aunque vuestros hechos desmienten vuestra hidalguía, aguarádoos esta noche, al toque de ánimas, en la *Huerta de Juan Fernández*, por el lado de la cruz de hierro que se alza á veinte pasos, ó más, del estanque grande.

«Los dos solos, habemos de tratar allí, con la lengua de las espadas, cuestiones de honra que vos conocéis de medio á medio; y se me hace largo el tiempo que tardo en llegar á vos.

«Os aborrece, el que os reta: *Don Luciano de Céspedes.*»

Mandó este cartel de desafío el joven Luciano al marqués, curando mucho de que no fuese entregado sino á él en mano propia; y en tanto volvía el emisario, quedóse pensando el de Céspedes en la inocente mentira que había urdido su madre, al asegurarle que el ladrón de su honra había muerto. ¡Bien se conocía, que el propósito de la infortunada doña Estre-

lla era el de atajar los males de un duelo!

Mas el burlador infame existía, descuidado de los efectos de su liviandad; impune y tranquilo, sin percatarse de que la justicia de un hijo, celoso de su honor, le acechaba.

Volvió pronto Buendía, manifestando que el pliego había quedado en las manos del marqués, por haber tenido la fortuna de toparle en la plaza, cuando este salía de su palacio.

\*  
\* \*

Al llegar la noche, lanzóse á la calle el de Céspedes, subido el embozo, precipitado el andar. Llegó á la Huerta de Juan Fernández y saltó el vallado, por no dar rodeo para llegar á la puerta de la empalizada, y detúvose junto á la cruz de hierro, que se erguía sobre un pedestal de piedra jaspón.

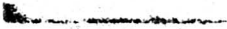
Un farolillo, pendiente de uno de los brazos del sagrado símbolo; más la luna

que estaba llena en el cielo, alumbraban aquel lugar, tan usado para fiestas de galanes, como para duelos de espadachines. La arboleda cabeceaba sus saludos lentamente, á impulsos del leve aire, que cortaba con su invisible espada de hielo.

Lejos, tachonando el fondo de sombras de la villa, distingúanse las luces, que brotaban por las ventanas del interior de los edificios cortesanos.

El de Céspedes miraba á su alrededor, ardiente de impaciencia y de ira. Mucho tardaba el marqués; y temía Luciano que, quien villanamente había comprometido la honra de su madre, cometiese también la villanía de no aceptar aquel reto.

Mas la llegada del marqués de Alsina, desmintió esta atrevida sospecha. Don Fernando de Huelva llegó pausadamente, y aproximóse á la cruz, después de haber bordeado el estanque grande, en cuya superficie líquida se miraba la luna, como las damas se miran en su espejo de plata.



Apenas llegó el marqués á aquel lugar, desenvainó Luciano la tizona y, con ronco acento, dijo de esta suerte:

—¿Sois don Fernando de Huelva?

—El mesmo soy;—respondió, con voz reposada, el marqués.

—Pues por villano, vais agora á perder la vida; puesto que los malvados son vencidos en el juicio de Dios.

—¡Tened la lengua, imprudente y mal aconsejado caballero!

—Sacad la espada, ó vive Dios que os he de atravesar sin excusa.

—¿Y qué os mueve, joven hidalgo, á desear mi sangre?

—La acción fementida que llevásteis á cabo, ha muchos años, con mi santa madre, en Toledo.

—¡Jesús, yo enloquezco!

—De pavor, mas no de contrición.

—¡No os comprendo, vive Dios!

—¡Pues hablen las espadas! ¡Y si la vues-

tra no sacais presto, indefenso juro que os mató!

—¡Miserable!—exclamó el marqués, dando al aire su larga bengala.

—¡Por fin!—dijo el de Céspedes.

Y cayeron el uno sobre el otro, dándose estocadas; esquivando los golpes con paradas certeras y amagándose tajos de pura escuela española, que acreditaban á dos buenos esgrimidores.

— ¡Inocente soy!—repetía don Fernando, mientras se defendía de su adversario.

—Temblar no es de inocentes.

—¡De ira tiemblo!

—De cobardía.

—¡Mentís!

—¡Parad ésta!

—¡Ay!... ¡Jesús!... ¡Muerto soy!...

El marqués vaciló, echóse al suelo, sujetó con sus manos la herida; y mientras huía el de Céspedes, clamó el desventurado caballero:

—¡Confesión!...

Y desmayóse á poco, hallando en el césped lecho hospitalario, que regó la generosa sangre de sus venas.

\* \* \*

Si un condenado lograra escapar del infierno, seguramente no llevaría un andar tan apresurado como el que Luciano llevaba. Instintivamente se encaminó á su casa solariega, y entró en la habitación de su madre, que, en aquel momento, hacía oración de hinojos ante un crucifijo gótico, debajo del cual extendíase un reclinatorio tallado, del propio estilo.

La manera como entraba Luciano; su palidez y su azoramiento, así como el brillo siniestro de su mirada, alarmaron á doña Estrella; quien, descomponiendo la actitud devota, se levantó y dijo:

—¿Qué exaltación es esa que traes, hijo mío?

—No es sino que os he vengado, madre mía;—respondió Luciano, quitándose el

sombrero y arrojándose sobre un sillón, como quien, rendido por larga carrera, procura el descanso.

—¡Sangre!...—exclamó la viuda de Céspedes, viendo manchada la diestra de su hijo.

—¡Sí, sangrel,—repitió, con voz reconcentrada el joven; y añadió:—¡Sangre pedía aquel ultraje, que el de Huelva os hizo y con sangre ha pagado aquella antigua deuda! De rendirle á mis piés acabo. ¡Ya estais vengada!

—Mas ¿qué hablas, hijo mío, que parece-me descubrir alguna siniestra injusticia en lo que me dices? ¡Ay tal desgracia! No es don Fernando de Huelva, si á él te remites, el autor de mi desventura, no.

—Sus letras lo decían.

—¡Desdichado; imprudente! ¿Has tenido pendencia, por acaso, con el marqués de Alsina?

—Sí, por cierto; mas fué en lucha leal y franca: de hidalgo á hidalgo.

—¿Y le heriste?

—Presumo que hele arrancado la vida!

—¡Jesús y su santa Madre!... ¿Adónde fué? ¡Corramos.

—¡Le amais, pues! ..

—¡Infeliz don Fernando!... ¡Has manchado tus blasones con sangre inocente!...

—Explicáos.

—Mi burlador usurpó el nombre de don Fernando; más áste era inocente de engaño tal.

—¡Ah!...

—¡Corramos! ¡Dios mío, cuántas desgracias suele traer la liviandad de una muger seducida!...

—¡Madre mía!... ¡No sé lo que siento!... Lo que decís me espanta. ¡Él proclamábase inocente!...

—¡Y lo es por cierto! ¡Yo te lo juro, poniendo á Dios por testigo! ¡Señor;—añadió, elevando la mirada al crucifijo;—si miento, confúndeme! ..

Medió una breve pausa, durante la cual

doña Estrella tuvo la mirada puesta en Dios, y Luciano el pensamiento en su conciencia.

—¡Sí, corramos, madre mía! Puede que aún tenga Dios piedad de mí, y que nos sea dado salvar la vida del marqués. ¡Eterna será la condenación de mi alma, si he cortado una vida inocente!

Cubrióse doña Estrella con un manto espeso; Buendía fué provisto de una linterna; cuatro servidores cargaron con una silla de manos, y, precedidos por Luciano de Céspedes, partieron todos con dirección á la huerta de Juan Fernández.

Cuando arribaron al lugar del duelo, estaba cerrada la puerta; mas Luciano saltó el vallado y llegó al pié de la cruz.

Allí se encontraba el cuerpo yacente del infortunado marqués. Arrodillóse Luciano; palpó la frente de su víctima; auscultó su corazón. El herido suspiró levemente.

—¡Vive!...;—exclamó Luciano, con los ojos bañados en lágrimas; y, levantándose,

se dirigió la puerta, que ya había sido franqueada, por virtud de los golpes que en ella diera Buendía.

El mozo de la huerta, á quien había ya despertado el sonido de la aldaba, restregóse los ojos y apenas tuvo tiempo para preguntar lo que aquellas personas buscaban á tales horas; mas doña Estrella púsole una dobla en la mano y el mozo no hizo pregunta alguna.

Guiados por Luciano, llegaron todos al pié de la cruz: levantaron el cuerpo del marqués, y colocáronle entre cojines y almohadas, dentro de la silla de manos.

Abrió el herido los ojos, y, con voz débil, á que daba lugar la mucha sangre perdida, dijo:

— ¡Jesús me valga!

— Sí valdrá;—contestó Luciano, vertiendo amargas lágrimas.

Y al punto salieron todos de la huerta, llevando al marqués á casa de Céspedes, no sin que en el camino tropezaran con la

ronda de corchetes; que, al ver personas principales, ni siquiera preguntó qué viajero era aquel que, á tales horas, ambulaba en litera por las calles de la villa.

\*\*\*

Mientras encamaban á don Fernando, con gran solicitud, fué Buendía en busca del médico, que vivía en la misma calle de las Fuentes; y, por indicación de doña Estrella, encaminóse la dueña doña Loreto, con un paje (que llevaba la linterna), al palacio de don Fernando, para prevenir á Laura, diciéndole que á su padre le había acometido un vahido en la calle, por lo que hábíale amparado en su casa doña Estrella.

Muy pronto llegó el médico; que era hombre de edad madura y usaba antiparras redondas, con aro de asta, sujetas por presión á la nariz, lo cual era nuevo

entonces. El médico pulsó á don Fernando; reconocióle la herida, para lo cual levantó un servidor en alto el candil de aljófara; y cuando hubo estudiado la lesión, su merced dijo:

—Según Galeno, aquestas heridas de borde prieto no son peligrosas, y menos si el doliente no arroja sangre por la boca, como veo por fortuna. Lavar la herida es lo primero, y ponelle un unguento después, con su cabezal de hilas, que esta buena dama sacará de un paño.

—Decid, señor licenciado, si está de peligro el enfermo;—habló, con voz queda, doña Estrella.

—Está y no está, que en ello no puede hacerse pronóstico *á priori*; mas paréceme que con mi bálsamo, que es invención mía, sanará sin *disipela*, *Deo volente*. Hagan, pues, las hilas, en tanto voy yo por el unto; y traigan dos maravedís de hojas de malvas, que las he menester. Agora saber quiero, finalmente, si aquesta herida fué

recibida en desafío, pues las nuevas pre-máticas son, á este respeto, imperativas para los curanderos y físicos.

—No fué — dijo animosa doña Estrella, — sino por unos salteadores que quisieron hurtar la bolsa al enfermo. Mas de ello no se hable, que tanto á vuestro silencio como á vuestra ciencia, sabré yo dalles su merecido.

—Dávidas quebrantan peñas, como dice el refrán; pero de mí sé decir, que sólo el deseo y gusto de haceros servicio, y no el interés, han de obrar el milagro.

\* \* \*

A poco llegaron Violeta, doña Guiomar y doña Loreto. La primera penetró en el aposento, donde yacía don Fernando, toda llorosa y trémula, deprecando á Dios para que sanase al paciente. Éste había ya recobrado el sentido, y cuando se apercibió de que estaba en lecho ajeno, preguntó sua-

vemente á Laura, que había asido una de sus manos:

—¿Do estamos, Laura mía?

—En la casa de mi madre. Mas guardad silencio, que el hablar puede dañaros. Nada temais.

—En Dios confío. Mas siento agudo dolor en la herida y los muros de la estancia parece que tiemblan. ¡Ay, Jesús y María: á nadie hice mal!

Volvió en esto el médico, y doña Estrella le entregó las hebras que había deshilado de un pañuelo blanco. Retiróse del lecho Violeta, llevándosela su madre á otra estancia, donde le explicó el caso: y el Galeno, ayudado de doña Guiomar, doña Loreto y Buendía, procedió á curar la herida, de primera intención.

Luciano, en tanto, pesaroso y triste, habíase retirado á su dormitorio, donde lloraba su desacierto y pedía á Dios un milagro de su divina misericordia; y luego echóse á los pies de Laura, demandán-

dole perdón con sentidas palabras; enterneciendo á todo el que le oía, y abrazándose, finalmente, los dos hermanos, en reconocimiento de su inmediato parentesco y en alianza de amor para lo porvenir.



¿Tiene el autor de esta verídica historia olvidado al nobilísimo conde de Robáyna? Tal es la pregunta que el lector de estas páginas dirige al cronista. Mas, de que no le tiene el narrador en olvido, responde ahora la relación de lo que atañe á personaje tan principal. Ello, consta en las líneas siguientes.

\* \* \*

Muy merecida tenía la fama de varón prudente el padre fray Pedro de la Concepción; pues era un sabio religioso, honor

de su regla, cuyo buen nombre ha pasado á la posteridad, unido á diferentes hechos ejemplares, que patentizan la bondad de su alma y el grado eminente de su talento.

Cuando Rodrigo de Almaraz decidió ingresar en el orden carmelita, impulsado por un sentimiento romántico, propio de aquella edad, creyó oportuno el buen fraile recoger á su ahijado y asilarlo con él, prévio el permiso conducente.

Pero no nació en el pensamiento del buen carmelita la idea de inclinar, á toda costa, el ánima de su ahijado al extremo de que abrazase el difícil estado religioso; pues, dándose cuenta de que la resolución adoptada por el condesito no obedecía á esa inspiración del cielo que, por antonomasia, llámase vocación; antes bien: entendiendo que era la resultante de un despecho, ó de un deseo de protesta, por medio del propio sacrificio, contra los convencionalismos que le apartaban de la hija de un ajusticiado, (por elevada que fuese la

alcurnia de éste) pensó guardarle en santas rehenes, hasta la vuelta del almirante, don Gabriel de Almaraz, padre del joven novicio; disponiéndose el buen fraile á estudiar experimentalmente la disposición de ánimo que el conde pudiera tomar, con el transcurso del tiempo.

En aquellos meses de prueba y de observación, vió claramente el religioso que su ahijado, con ser cristiano á la antigua, no tenía la suficiente fortaleza de ánimo para perseverar en la vida monástica; pues, lejos de olvidar sus amorosas cuitas, teníalas constantemente renovadas en el alma, y dedicaba á ellas mucho más tiempo que á Dios.

Y puesto que el conde no se desprendía del mundo, en la medida que es necesario, para abrazar con espiritual fruto el estado religioso, era preferible, en sentir del padrino, que el ahijado volviese al siglo; por que, como él decía, «todo mortal desde su propio estado sirve al Señor; que en

la milicia santa es, con sus armas, cada cuál, soldado.»

Además; fray Pedro había seguido visitando y confesando á Violeta, y veía cuán digna era su alma angelical de todo género de venturas; por lo que el religioso creía, que no dejaba de ser útil dar tiempo al tiempo; ya que, lo que fuese voluntad de Dios, se habría de cumplir.

Creería oportuna; necesaria la exclaustación de Laura, tanto porque su delicadeza física era incapaz de soportar la pesadumbre de la regla recoleta, cuanto porque él entendía que, en punto á vocación, andaba Violeta tan desmedrada como el conde.

Ocurrió, más tarde, la afortunada exaltación de Laura á las cumbres de la posición social y á la aparente legitimidad de su origen; y separando, con espíritu tolerante, los escrúpulos que le producía aquella mentira legal, en gracia al beneficio, verdaderamente providencial, que reportaba

la decisión espléndida y bondadosa de don Fernando de Huelva á la adorable Laura, colaboró en ello cuanto estuvo de su parte, y fué, desde entonces, el confesor del marqués de Alsina, de su gentil hija y de su servidumbre toda.

Claro es que, de estas circunstancias favorables, puso al corriente fray Pedro de la Concepción á su ahijado Rodrigo; observando con sagacidad el efecto que producian á éste tales nuevas, y viendo cómo encendian, en su ánimo juvenil, fulgores de esperanza; de lo cual llegó á deducir el buen fraile, que aún acariciaba el conde la idea de su amorosa ventura.

También de lo acaecido entre el marqués de Alsina y Luciano, estaba al tanto fray Pedro, y estábalo, por ende, Rodrigo; puesto que el primero había sido llamado á casa de la de Céspedes, no sólo para confesar al doliente don Fernando, sino para que, conociendo el triste

suceso, aconsejase á todos el arbitrio más conveniente.

\*  
\* \*

Mediaba el mes de Julio de 1622 años, cuando llegaba á Valencia la armada de don Gabriel, padre de Rodrigo. En una silla de postas encaminóse el almirante (que era marqués de Almaráz) á la villa y corte, ganoso de ver á su querido hijo, de quien tanto tiempo había estado ausente.

Por letras que don Rodrigo y fray Pedro le enviaron, tres meses atrás, supo el almirante cuál había sido la resolución del primero en meterse á fraile; pero aunque la carta del religioso era más extensa que la de Rodrigo, no se explicaba bien el marqués de Almaraz las causas que habían determinado la nueva vocación de su hijo y sucesor.

«Hágale Dios un santo;» pensaba el marino; mas temía que algún desengaño del mundo hubiese sido el móvil de aquella

decisión. «Cosa de amores debe de ser»; repetíase el anciano almirante, conociendo los revueltos mares de las pasiones humanas, tan bien como las tempestades del Océano.

Dos semanas tardó la posta en llegar á Madrid, sin que hubiese sufrido contra-tiempo alguno en el camino; por lo cual dió el almirante rendidas gracias á Dios, apenas divisó el recinto de la corte.

Ya en Madrid, dirigióse á su casa don Gabriel; y hallóla toda descuidada y en desórden, como de estar encomendada á dos criados viejos, que más se ocupaban en dormir y rezar que en hacer arreglos y limpiezas.

No bien tomara algún reposo y cambiara las ropas de viaje por otras muy ricas de corte, salió don Gabriel y fuese al monasterio, donde tuvo la dicha de abrazar á su querido primogénito, á quien halló cambiado de rostro y más flaco y pálido que cuando él le dejó; por lo que sintió

profunda pena, que le causó nublo de lágrimas en los ojos.

Era don Gabriel, alto, fornido, musculoso, de noble continente, de pobladas cejas negras, de ojos rasgados y penetrantes. Tenía la color tostada, de los aires del mar. Su bigote era grande, y su mosca, larga y estrecha. Hablaba con reposo y dignidad; mas su voz no era grave. Vestía rico traje de fina seda, contra el calor, y usaba, de antiguo, blanca valona de encajes en el verano, y gorguera almidonada en el invierno; atribuyéndosele una frase que solía repetir la corte y que decía de esta suerte: «cada gola á su tiempo».

Antes de abandonar don Gabriel el convento, dió cita al buen religioso, su antiguo amigo, para que al día siguiente le visitase, á fin de hablar largo, del asunto referente al condesito.

Luego se fué el de Almaraz á ofrecer sus respetos al conde-duque de Olivares, con quien tenía grande amistad; encar-

gando á éste magnate, que, en su nombre, se sirviese saludar á su magestad, de quien se reiteraba fiel criado el almirante.

—A gran placer tendrá su majestad daros audiencia;—le respondió el valido;—por lo que holgárame de que viniésetes esta tarde á besar su augusta mano.

—Gran merced me otorgades con ello; y si me aguardais, os deberé rendimiento de gracias por toda la vida.

Concertada la hora de ir á palacio, que fué, por cierto, la en que acostumbraba á llevarlo á cabo el conde-duque, marchóse el marqués de Almaraz y procedió á colocarse nuevos vestidos, sobre cuya ropilla destacábase la banda de almirante, más las veneras por él ganadas; entre las cuales distinguíase el *lagarto* de la encomienda de Santiago.

Tiempo hacía que las carrozas del marqués no rodaban por las calles de Madrid; mas, entonces, desempolvieron los siervos una muy rica y tallada, de que el almiran-

te era dueño; y, al llegar la tarde, salió el marqués de su casa solariega tan galan y apuesto, que un mancebo parecía; y, dirigiéndose á la casa del conde-duque, partió con éste al Buen Retiro, ocupando el coche del primer ministro y llevando detrás, como carroza de respeto, el artístico carruaje de los Almaraz.

No nos interesa la audiencia que el rey concedió á su almirante. El joven Filipo recibióle tocado con montera y traje de caza; le dió á besar la mano, ya envuelta en el guantelete de ante; sonrióle con frivolidad, y marchóse á su montería. Mas si había tratado el monarca con cortesano desdén á su servidor, en cambio hubo de prodigar halagos sin cuento á su perro favorito, que, al verle salir por la puerta del Oeste, comenzó á hacer á su majestad fiestas y cabriolas.

\*\*\*

Llegó al siguiente día fray Pedro de la Concepción á la casa de Almaraz y fué

recibido en aquel mismo salón en que Rodrigo recibiera á doña Estrella y su dueña, la noche en que la de Céspedes acudió á pedirle ayuda y valimiento.

El agudo religioso comenzó la conversación sin ambages; juzgando la situación con una claridad de juicio excelente.

Narró á don Gabriel, cuantos hechos habían determinado la resolución extrema de su hijo el conde; hizo el merecido elogio de Violeta, de cuya situación legal en el mundo se ocupó, sin ocultar el verdadero, secreto origen de la gentil doncella. Describió el buen fraile, á su amigo el almirante, los últimos acaecimientos, así como la imprudente hazaña de Luciano y la mejoría evidente del enfermo, sobre cuya inmensa fortuna dijo no pocas palabras, conociendo el valor que tienen, aun para las personas acomodadas, estas nuevas de pingües rentas y de peculios formidables; y acabó diciendo, que, pues el condesito no sentía vocación por la vida

monástica, era prudente, á su entender, casarle «con la hija del marqués de Alsina;» que no otra era la dama doña Laura de Huelva.

—¿Y no será motivo de escándalo, padre, que un exclaustro, aunque novicio, tome por esposa á una dama que también comenzó á vivir la vida del convento?

—He consultado aqúeste caso en derecho con su excelencia el señor patriarca de las Indias, que es también comisario de bulas, y hame dicho que será indispensable un atestado con pedimiento de dispensa á Roma. Mas ved que ni el conde ni Laura han firmado compromiso alguno, ni han hecho votos todavía; y, en este caso, es de conciencia no movelles al estado religioso, por el grave pecado que se seguiría haciéndoles profesar lo que no sienten. Sirvan á Dios nuestro Señor en el mundo, y dejen el cláustro para los que no ansiamos otra vida que aquesta de los cilicios: pues de mí sé decir que no quiero, ni en

el clero regular ni en el secular, sino convencidos y santos; de aquellos que nacen para tales desde el vientre de su madre; y no los que, por miras de conveniencias ó despecho, métense á donde el Señor no les llama.

\* \* \*

Una muy larga entrevista íntima, sostuvo el almirante, luego, con su hijo, en cuyo corazón echó sondas, como solía echarlas en el mar, para conocer bien el fondo.

No anduvo reacio, el buen Rodrigo, en descubrir lo más oculto de sus sentimientos; por lo que su padre se percató bien, de que el religioso fray Pedro había sabido estudiar y conocer á maravilla cuanto en el fondo de aquel alma germinaba.

El marqués de Almaraz y el bondadoso fraile acordaron luego, de consuno, que Rodrigo abandonara el cláustro y tornara al siglo; lo cual se efectuó con todas las

necesarias formalidades canónicas, á que precedió la pertinente dispensa.

Vuelto el conde al golfo de la vida, confesó paladinamente que el amor de Violeta era indispensable á la paz de su alma; y el mismo Luciano, que no quería sino dispensar bien á todos, para compensar de alguna manera el mal hecho, encargóse noblemente de llevar á su casa, donde el bienhechor de Laura convalecía rápidamente, al enamorado Rodrigo de Almaraz; haciendo las presentaciones que eran de rigor en casos tales.

Fué peregrina la entrevista de Violeta y Rodrigo delante de doña Estrella, y con la presencia de don Fernando, que ya había abandonado el lecho, pero que aún no salía á la calle, por prescripción del licenciado Suárez Torrealba, el de los quevedos. Las miradas de los amantes dijéronse todo lo que las palabras no se decían; y la esperanza de su felicidad salía al rostro, con gran contentamiento de las personas

que estaban inteligenciadas en aquel amoroso secreto. No tardó mucho en concertarse la feliz unión de Laura y Rodrigo; obteniéndose, presto, para ello, la licencia del monarca.

\*  
\*\*

Y á principios del mes de Noviembre celebróse, con gran fausto, la boda de Laura de Huelva y Rodrigo de Almaraz, conde de Robáyna, á quienes bendijo el amado carmelita fray Pedro de la Concepción, religioso superior á los de su siglo, así por su ciencia y virtud, como por aquel su espíritu de saludable tolerancia, en ningún documento suyo reflejado mejor que en esta poesía, atribuida á su reverencia por los eruditos de nuestra edad.

### SONETO

Es consagrar á Dios la vida entera,  
disponerse á los goces de la gloria;  
y transitar sobre la humana escoria,  
sin que el guijarro más sutil nos hiera.

A Dios alcanza, quien en Dios espera:  
quien lucha en esta guerra transitoria  
persiguiendo, por única victoria,  
que viva el alma cuando el cuerpo muera.  
Todo mortal desde su propio estado  
sirve al Señor; que en la milicia santa,  
es con sus armas, cada cuál, soldado.

Y la justicia del Señor es tanta,  
que al más humilde, si venció al pecado,  
hasta su trono celestial levanta.

**FIN DE LA NOVELA**

ESTE LIBRO SE IMPRIMIÓ  
EN LA CIUDAD DE MÁ-  
LAGA, EN EL AÑO DE  
1911 Y EN EL ES-  
TABLECIMIENTO  
TIPOGRÁFICO  
DE EL PRO-  
GRESO.







AÑO



1911

Portada de Diego García Carreras

---